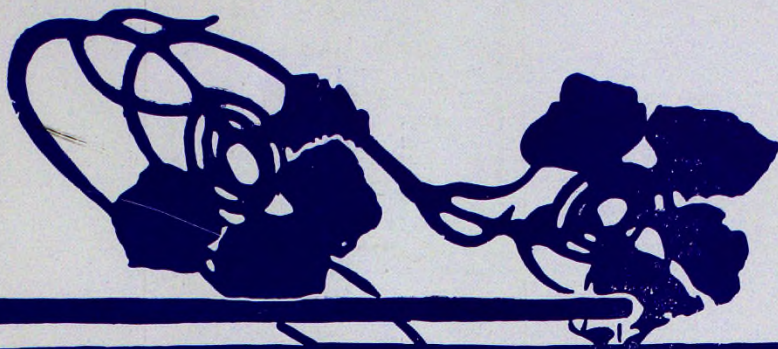
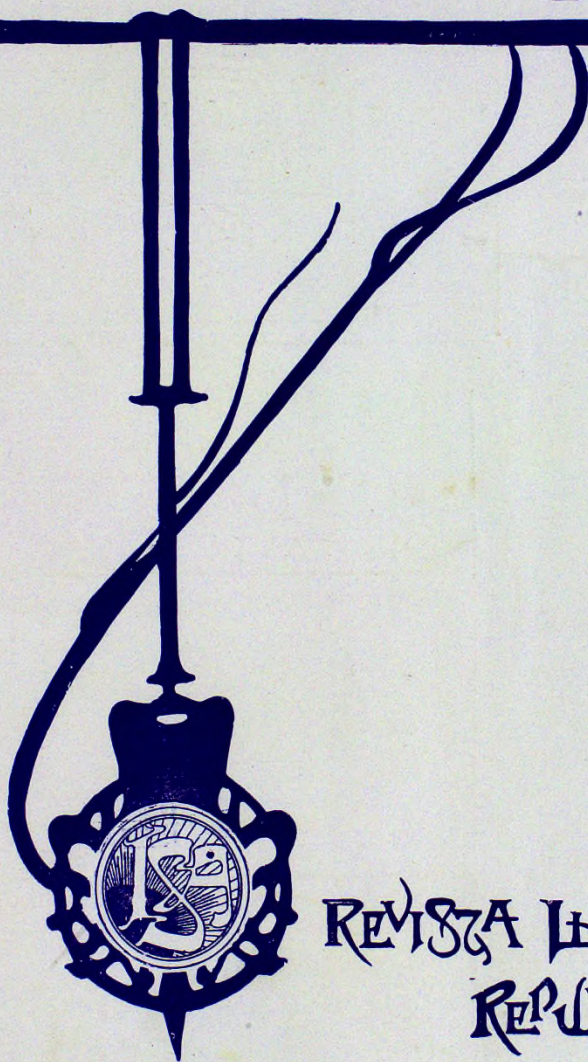




LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA



REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPUBLICAS
SUD-AMERICANAS

HIGIENE del TOCADOR



EN LAS FARMACIAS

Desconfíese de las imitaciones
á que sus éxitos han dado origen.

Para conservar una sólida dentadura y mantener sana la boca, afirmar las encías y fortificar el cabello; así como para las abluciones higiénicas de las señoras, para el aseo de los niños de pecho, etc., está recomendado el uso del

Coaltar Saponiné Le Beuf

el cual posee las propiedades antisépticas y deterativas **INDISPENSABLES** que deben reunir los productos destinados á usos semejantes; á estas cualidades debe el coaltar su admisión en los Hospitales de París.

LINO-TARIN

NATURAL — HIGIÉNICO

Procura: Frescura,
Belleza — Salud
Alegria.

Cura:

ESTREÑIMIENTO
ENTERITIS
OBESIDAD
Enfermedades del HÍGADO
Indispensable durante
los fuertes calores.
T^{ma} Farmacia n° 73 Rue St. Anne PARIS



V RIGAUD
16 RUE
DE LA PAIX
PARIS

De Venta en todas las Perfumerías.



CARBON GRANULADO FRAUDIN
ENFERMEDADES del ESTOMAGO
y del INTESTINO
DISEPSIA, GASTRALGIA
FLATULENCIAS
DIGESTIONES DOLOROSAS
DIARREAS REBELDES
E. FRAUDIN
PARIS-Boulogne



CATARRROS
antiguos y recientes
TOSES, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente
POR LA

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE
COURBEVOIE-PARIS



Pasta y Jarabe
de
NAFÉ DELANGRENIER

contra:

la Tos, el Catarro
y la Bronquitis

19, rue des Salets-Pères, Paris, y Farmacias



ANEMIA-CLOROSIS
APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE
MEDICINA DE PARIS

Pildoras y Jarabe BLANCARD

Dosis: 2 á 6 Pildoras
1 á 3 Cucharadas

DEBILIDADES-ESCRÓFULAS



GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firm. de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

Pour toute la publicité française
s'adresser exclusivement

A Mr. A. LORETTE,

Directeur de la Société

Mutuelle de Publicité

14 rue Rougemont, á Paris

Siete MEDALLAS de ORO

Quina-Laroche

ELIXIR VINOSO

que contiene todos los principios de las tres Quinas.

El **QUINA-LAROCHE** es de un sabor agradable y muy superior á todos los demás Vinos y Jarabes de Quina.

Se emplea en los casos de:

Males de Estómago,
Falta de Fuerzas,
Convalecencias, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE FERRUGINOSO

Contra la Anemia, Clorosis,
Consecuencias del Parto etc.

QUINA-LAROCHE FOSFATADO

Contra el Linfatismo,
la Escrófula,
los Infartos de los Ganglios, etc.



DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

PARIS, 20, Rue des Fossés-Saint-Jacques.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
PURGATIVOS, DEPURATIVOS, ANTISEPTICOS

contra el **ESTREÑIMIENTO** y sus consecuencias
EN TODAS LAS FARMACIAS.



ESTREÑIMIENTO

SUPOSITORIOS CHAUMEL
INFALIBLES

Efecto producido en media hora.

Exijase la Marca Triangular en la cubierta de papel

ESTABLECIMIENTOS FUMOZE, 78, Faubourg Saint-Denis - PARIS



AVISO A
LAS SEÑORAS

EL ANOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ta} G. SEGUIN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



ASMATICOS

El MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el

LICOR DE LA ESTRELLA

(LIQUEUR DE L'ETOILE)

de MARIO LECHAUX

49, Rue de Maubeuge, Paris.

Al cabo de cinco dias se puede acostarse y dormir toda la noche.

SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS



HIERRO QUEVENNE Cura: ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA
de PARIS. — El mas activo y económico, el único Hierro INALTERABLE en los paises cálidos.
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris.

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXV.—NÚM. 568

BUENOS AIRES, 28 DE FEBRERO DE 1917

Editada por la Imprenta ARGOS



MAR DEL PLATA. — ONDINAS

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

DIRECCION y ADMINISTRACION
Buenos Aires: Sarmiento 657 : :

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

Teléfonos:
Unión 1367, Avenida—Cooperativa 1058, Central
Castilla Correo N.º 802
Dirección Telegráfica: "ILUSTRACION"

AGENCIAS PRINCIPALES

BRASIL: Río Janeiro y San Pablo.—URUGUAY: Montevideo.—PARAGUAY: Asunción.—CHILE: Santiago y Valparaíso.—PERÚ: Lima.—BOLIVIA: La Paz.—VENEZUELA: Caracas.—ECUADOR: Quito y Guayaquil.—COLOMBIA: Bogotá.

La correspondencia envíese a nombre del Director

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por un año (correspondiente a 24 números) Buenos Aires, \$ 12. — Interior, \$ 20. — Exterior, \$ 40. Por un semestre (correspondiente a 12 números) Buenos Aires, \$ 6. — Interior, \$ 10. — Exterior, \$ 20. Por un trimestre (correspondiente a 6 números) Buenos Aires, \$ 3. — Interior, \$ 5. — Exterior, \$ 10.

Suscripción especial para «Profesionales», \$ 5 por mes.

Número suelto 1 \$ — Número atrasado \$ 2 y 4

AÑO XXV BUENOS AIRES, 28 FEBRERO DE 1917 N.º 568

Recuerdos de la vida militar

"PATA LOCA"

Uno de los cuerpos del ejército argentino que cuenta con tradiciones de gloria es el regimiento 7º de caballería de línea, que ha tenido también, como todo en este mundo, sus días de esplendor y sus épocas de postración. Su foja de servicios está repleta de hechos heroicos, pues doquiera que los soldados del 7º desenterraron sus lucientes sables o enristraron la lanza pujante dejaron el recuerdo imperecedero de la potencia de sus brazos, sembrando siempre a su paso semilleros de gloria militar.

No es nuestro objeto, por hoy, historiar sus numerosas campañas; baste, pues, con asentar que desde 1826, en que fué creado por Rivadavia, hasta la fecha, rara es la batalla lidiada en la República en que los bravos del 7º no hayan dejado recuerdo de sus proezas. La metralla franco-inglesa horadó sus pendones de guerra en San Lorenzo, Quebracho, Obligado y Acevedo, y las balas brasileñas en el memorable Tonelero. En las guerras civiles, desde Caseros a Santa Rosa, se ha distinguido siempre y ocupa lugar prominente en la historia de nuestras luchas con los hijos del desierto.

Octaviano Toledo, que, a ser soldado de infantería, fuera el primero de los granaderos, servía por su talla gigantesca en el tercer escuadrón. Hay que advertir que en la época a que nos referimos se había invertido en aquel regimiento hasta el orden en la talla de los escuadrones.

Toledo, como casi todos nuestros soldados, era un hombre de carácter tan jovial que siempre anduvo refido con lo que no fuera la última expresión de la alegría; decidior en extremo, jamás dejaba de tener una ocurrencia oportuna en las jocosas pláticas mantenidas en redor del fogón, el punto predilecto de reunión de nuestros soldados, y rarísimo era no hallarle cantando una décima cualquiera, un triste riojano o la sentida *vidalita*, acompañando las modulaciones de su voz con rasgueos de guitarra más bullangueros que rítmicos.

Sin embargo de su liviandad, más aparente que real, Toledo poseía una firmeza de carácter a toda prueba y en su descuidada educación una imperfecta idea del honor que le llevaría al sacrificio en su sostén.

Como soldado poseía Toledo condiciones recomendables.

Profesó siempre respeto profundo a sus superiores, y no recuerdo que fuera alguna vez castigado por la menor insubordinación. En aquella época de doloroso recuerdo para los amantes de la disciplina y moral militar por que atravesó el regimiento, Toledo dió muestras de no haberse contaminado con el ejemplo desquiciador de casi todos sus compañeros.

La ordenanza era por él estrictamente observada y cumplió con religiosidad sus severas prescripciones.

Poseía facilidad asombrosa en el manejo de nuestro mal montado sable de caballería y era de ver cuando, tomando uno en cada mano ejecutaba simultáneamente con ambos todo el manejo con limpieza admirable sin que chocaran una sola vez las aceradas hojas.

PATA LOCA, como le llamaban por su genio inquieto sus hermanos de armas, era de la talla de esos humildes soldados que con envidiable exactitud nos describe la galana pluma de Gutiérrez.

Tres veces intentaron ascenderle a cabo y otras tantas pidió encarecidamente le permitieran permanecer en su esfera humilde de soldado raso. ¿Era que carecía de espíritu militar? No quería ser superior a sus compañeros, decía, porque le hubiera sido imposible, como tal, infligir una pena a cualquiera de ellos en cometiendo una falta.

El regimiento 7º, en unión del viejo 5º de caballería, formaba la segunda brigada de la segunda división del ejército, y guarnecía el hoy floreciente pueblo «General Roca», fundado por nuestro distinguido amigo el entonces coronel don Lorenzo Vintter, jefe militar del punto.

Corría el año 1882.

Se ordenó por aquella época a las fuerzas que formaban la primera brigada y acampaban en el fuerte «Cuarta División», en el río Neuquén, efectuar un movimiento de avance al Sud hasta el punto denominado «Norquín», en las faldas de los agrestes Andes.

Nuestra brigada debía apoyar, o, mejor dicho, proteger el movimiento operando a vanguardia de aquellas fuerzas para distraer la atención de los indios que la fijaban en ellas. A fin de cumplir su cometido se puso en marcha el 15 de marzo de ese año desde el fuerte «General Roca», vadeó el Neuquén, y siguió costeano la margen izquierda del «Limay», de paisajes encantadores.

El mal estado de su salud impidió al general Vintter conducirnos personalmente en aquella campaña hasta el centro mismo del aduar de nuestros enemigos.

Seguimos, por desgracia nuestra, a las órdenes del teniente coronel más antiguo, segundo jefe del regimiento 5º de caballería, en quien recayó el mando de las fuerzas. Nunca, como entonces, soportamos más crueles e inútiles padecimientos ni perdimos más lastimosamente el tiempo.

A los catorce días de marcha nos hallábamos campados en el paraje denominado «Laftraun-Manzano», donde, ignoro hasta hoy con qué objeto, perdimos varios días inútilmente construyendo un reducho de arena, que poco después había de desaparecer bajo la acción combinada del viento y el agua.

El reducho, por la orden del 29 de marzo, fué denominado «Capitán Crouzeilles» en recuerdo del bravo oficial de este nombre sacrificado un año antes por sus soldados sublevados, y cuyo otro hermano, capitán también, había de sucumbir un año después luchando denodadamente con los indios, acompañado en su sacrificio por el modesto y heroico Lescano.

En uno de los días que allí permanecimos estacionados, el 27, fué nombrado el sargento segundo Rosendo Nievas en comisión fuera del cuerpo, de orden del jefe de la brigada, acompañado de los soldados Manuel Canales y Octaviano Toledo, y dos soldados del 5º de caballería.

Llevaba orden el sargento de situarse al pie de la travesía del «Chocón» y esperar allí la llegada de un «chasque» de Fuerte «Roca».

El día 29 a las 4 p. m. partían de nuestro campamento general dos soldados, uno del 5º y otro del 7º, de «chasque» para Fuerte «Roca» llevando comunicaciones oficiales para el señor teniente coronel don Tomás O'Gorman, jefe del punto, y perteneciente a la distinguida familia de este apellido, que ha hecho célebre la salvaje barbarie del tirano Rosas.

Dos horas y media más tarde regresaba uno de ellos con el parte de haber encontrado heridos a los soldados que habían salido en comisión a la travesía, los que habían sido atacados por un número superior de indios y peleado con ellos desesperadamente; que nuestros bravos permanecían «tirados» aun en el campo de la lucha, vigilados por «bomberos» enemigos que coronaban las alturas vecinas, prontos a ultimarlos así que cerrara la noche y al favor de sus sombras protectoras.

El alférez del 5º de caballería don Dionisio López recibió orden de marchar con algunos soldados de su cuerpo en busca de los heridos. A las 10 p. m. regresaba este oficial conduciéndolos a nuestro campamento, siendo recibidos en brazos de cariñosos compañeros, que desde ya se prometían cumplida revancha.

Dos días de espera contaban nuestros valientes en sitio indicado, cuando vieron llegar, en vez del chasque que soñara el jefe de la brigada, los indios que traían la muerte en la punta de sus largas chuzas.

El día espléndido, diáfano la atmósfera, sin una nube el horizonte, reinaba en la naturaleza toda la calma abrumante del desierto. El sol, casi en el término de su diaria carrera, iba a hundirse en el ocaso, pero antes habían de alumbrar sus últimos destellos un cuadro terriblemente grandioso: un combate cuerpo a cuerpo, sable contra lanza, entre los soldados de la patria y los últimos representantes de la barbarie argentina.

El sargento Nievas y sus cuatro compañeros cumpliendo fielmente la consigna recibida, esperaban acampados al pie de la travesía del «Chacón» el chasque, que nunca había de llegar.

De pronto alzóse allá, a lo lejos, una pequeña nube de polvo que se engrandecía a medida que avanzaban los que la producían; estrechada en mucho la distancia, cerca ya, nuestros soldados divisaron un grupo de jinetes cuyas largas lanzas les denunciaban: eran indios.

PATA LOCA lanzó una mirada chispeante de coraje a su carabina recostada hasta entonces en un «chañar»; la cogió con mano convulsiva, y ya se disponía a enviar una bala a los odiados enemigos, cuando el sargento le intimó moderación.

Había visto en ese momento que de una de las islas más cercanas a la costa del «Limay» salían siete indios más, que vadeando fácilmente el estrecho brazo del río, se unían a los recién llegados arriando una tropilla de ciento veinte caballos, y calculando con su mirada de águila, a vezada a los golpes de ojo, que la posición que ocupaba con sus soldados le era en extremo desfavorable para batirse, decidió tomar otra cercana y situada precisamente por donde debían pasar los salvajes.

Idear y ejecutar fué obra de un instante.

El número de indios se había aumentado en

mucho cuando llegaron al sitio en que nuestros bravos les esperaban dispuestas a vender caras sus vidas y a salvar con su heroísmo el honor del regimiento: cada uno de ellos tenía que medirse con cinco enemigos, cuando menos.

El supremo instante ha llegado y el desenlace no se hará esperar: la victoria o la muerte. Una blanquecina nube de humo envuelve a los bravos representantes de esos dos colosales del ejército que llevan en sus estandartes de guerra los números 5 y 7; y cinco balas pasan silvadoras por entre el grupo enemigo, sin hallar en su trayectoria de muerte un bronceado pecho en que incrustarse.

Los indios, que ya venían apercibidos al combate esperanzados en su superioridad numérica para alcanzar la victoria, echan pie a tierra y animados por su bravo capitanejo, cargan denodadamente a nuestros soldados. El ataque es tan recio, se pelea tan de cerca, que éstos se ven en la precisión de desechar sus carabinas por inútiles para la defensa y recurrir a los sables.

Los brazos que los esgrimen no han perdido su nervio ni el acero su temple: son los mismos de San Lorenzo y de Riobamba.

Una escena terrible tiene lugar entonces, donde se despliega el valor sobrehumano alimentado por la última desesperación; acosados por todos lados no tienen nuestros cinco leones un instante de reposo, y los filosos sables se levantan y caen con rápida fiereza hendiendo cráneos y trozando lanzas; el olor de la sangre excita a los combatientes cada vez más, y éstos, en convulsiones de rabia infinita, en el paroxismo del furor, se destrozan sin piedad.

Los sables quebrados y chorreando sangre son inútiles; la carabina esgrimida por el cañón con nervudo brazo sirve de maza para el combate a aquellos titanes del heroísmo.

El capitanejo que animaba a la matanza a aquellas fieras del desierto ha caído para no levantarse más; tiene la rótula despedazada por una bala y PATA LOCA, aprovechando un momento oportuno, con la celeridad del pensamiento, le ultima partiéndole el cráneo con el pedazo que le queda de su terrible sable.

Cuatro de los más bravos ruedan también exánimes; los restantes desfallecen, amengua el empuje de sus cargas, empiezan a sentir terror por aquellas aceradas hojas rápidas como el rayo, poderosas como un ariete, y huyen al fin abandonando el campo a los representantes de la civilización, hermanados para siempre por su gloria y bravura.

¡Gloria a los valientes del 5º y 7º de caballería!

Más si son gratas las caricias de la victoria, ¿cuánto cuesta alcanzarlas!

Nievas está herido de cuatro lanzadas; Manuel Canales cuenta seis; Ramón Corona, del 5º de caballería, una; y PATA LOCA derrama a torrentes su sangre generosa por cuatro gravísimas heridas recibidas todas de frente, peleando como buenos por esa patria que no grabará en los anales de su historia su humilde nombre.

A las diez de aquella noche llegan en lastimero estado a nuestro campamento a dar cuenta del combate sostenido; al siguiente día, al toque de diana, nos poníamos en camino nuevamente, y nuestros pobres heridos soportaban una marcha de ocho mortales horas al trote fatigoso del caballo!

Días después recién comprendía el jefe de la brigada la inútil crueldad que se ejecutaba haciendo continuar la campaña a los heridos y muy particularmente a Toledo, que acusaba mayor gravedad, y disponía en consecuencia se armara uno de los botes que llevábamos a lomo de mula para conducirle en él, descendiendo el «Limay», a Fuerte «Roca».

Así se hizo, pero demasiado tarde, pues falleció en el bote a la altura del fortín «1ª División», confluencia del «Limay» y «Neuquen», a once leguas del punto de su destino.

En el pobrísimos cementerio del pueblo «General Roca» se ve una tumba solitaria señalada por tosca cruz, en la que existió un nombre que ha borrado hoy la acción destructora del tiempo.

No hay en ella un saucel llorón que le preste su sombra, ni una flor que le dé su fragancia; a su aproximación ante aquella desnudez, se siente el frío de la muerte que penetra los huesos y hace estremecer el corazón.

¡No se cultivan las flores para la tumba humilde del soldado!

Esa abandonada fosa que es todo un inmenso poema del valor militar, guarda los restos mortales de PATA LOCA, el bravo combatiente del «Chocón» que yace allí olvidado hasta de los que él llamó hermanos de armas!

El que estas líneas escribe le dió de baja en el libro correspondiente en la mayoría del cuerpo, asentando esta nota al lado de su nombre: «muerto por los indios»... única oración fúnebre pronunciada en recuerdo de aquel león que rindió su vida heroicamente en cumplimiento del deber, que muy pocos comprenden, por un jefe indiferente a su grandioso sacrificio.

Hechos como el que, al correr la pluma, acabo de relatar, se cuentan a millares en las tradiciones de nuestro ejército y escapan siempre a las grandes pinceladas de la historia; pero es deber de los que amamos esa «carne de cañón» que se llama soldado argentino, arrancarlos del olvido a que fueron relegados, rindiendo así el homenaje de nuestra admiración a los mártires ignorados de las bizarras legiones de la patria.

JOSÉ J. BIEDMA.

LETRAS BRASILEÑAS

UN LIBRO DE JOAO DO RIO

Ha llegado a nuestras manos un libro de Joao do Rio: «Pall-Mall Rio, de José Antonio José».

El brillante cronista carioca es bien conocido para que intentemos su biografía. Sus libros, sus crónicas, sus artículos periodísticos, plenos de aguda observación y encuadrados dentro de original estilo, le han creado en el mundo de las letras un renombre que ha ultrapasado las fronteras de su país.

El último libro de Joao do Rio es de crónica social. Es un género absolutamente novedoso, que ningún escritor nuestro ha abordado y que tiene—lo vemos en este bello libro del escritor brasileño—innumerables atractivos y encantos.

Vasto escenario, en verdad, es, para la observación y para el ejercicio de la espiritualidad, el ambiente mundano, con sus fiestas, sus recepciones, sus paseos, sus conversaciones simplemente. Joao do Rio ha hecho, con la base de la crónica social del último invierno fluminense un bello libro, en el cual campea una pluma gentil acerada de cuando en cuando con aguda ironía y mojada, de tanto en tanto, con suave emoción.

Traducimos, como muestra, una bella página. Describe una recepción en la legación argentina en Río, motivo que nos ha llevado a escogerla.

«La recepción del señor ministro plenipotenciario de la República Argentina, en aquel palacete tan brasileño de la calle Senador Vergueiro llega a su momento de máximo brillo.

La señora de Ayarragaray, al comenzar la fiesta tuvo el percance de que se le cortara su collar de perlas. Dicen los árabes que deben ser contadas por años de felicidad las perlas que caen cuando el hilo que las une se parte—y no se pierde ninguna...

En el salón principal hay agitación. En los otros dos, donde los «tziganos» tocan trozos de música lánguida, reina la misma alegría. El doctor Leitao da Cunha conversa animadamente sobre sus viajes. Pero se interrumpe. La señora Eloisa de Figueiredo pasa y se detiene un instante. Luego la señora Nicola de Tefé, con su maravilloso vestido. El ilustre caballero se ve obligado, fatalmente, a privarnos del encanto de su conversación.

La tarde, que cae fuera, muere en penumbras ténues en el salón. Sería bueno que fuese siempre así, aquella misma luz, aquel mismo encanto. Pero, de repente, arde el resplandor de las luces.

El conde Cândido Mendes, la condesa de Mendes, el conde Fernando Mendes, la señorita Vera Barbosa, la señorita Astrea Palm. Es placer grande oír a Astrea Palm. Cada vez refuleja más su inteligencia, agudamente parisiense. Conversa con la condesa Cândido Mendes a la cual dice.

—Estoy por comenzar un régimen para engordar.

—¿Para engordar?

—¡Pues, si todos hacen su régimen en enfloquecer ninguna gracia tendría en hacer yo lo mismo!

Y nos habla de sus viajes, de Stutgard y de su arte, de París, ahora con la guerra, de Suiza.

Pero el ministro de la Argentina tiene preparada, para esta tarde, la presentación de la compañía dramática argentina y de los cantores y dancistas de cantos y danzas populares de los «gauchos». El anuncio de que estos se van a exhibir en el salón aglomera gente en las puertas. Algunas señoritas que hablan francesas se suben en los «fauteils» para ver mejor. La señora de Guerra Duval desiste de ver y se sienta. El ministro de Chile está melancólicamente conmovido. Pondal, el secretario de la legación, tiene en su sonrisa exéptica una punta de emoción. El ministro Adalberto Guerra Duval, con su gran porte de gran duque moscovita tiene la curiosidad encendida en sus pupilas.

—Vamos a oír...

Tenemos primero las canciones; guitarras, dos muchachos, uno de los cuales ardiente como un Dyonisios de las esculturas primitivas del museo de Atenas. La canción es amorosa, triste y pausada. La guitarra acompaña la voz como un gesto sonoro, hesitante, e irresoluto. El éxito es inmediato. ¡Tienen tanto de brasileñas esas canciones! El embajador Morgan sonríe, encantado, al lado del doctor Alberto de Queiroz. El doctor Alberto de Faria aplaude con calor, entre los aplausos coreadores.

Tenemos después las danzas: el tango, el pericón; varios tangos que las niñas observan como para aprender. Pero el número que a todos encanta es una danza en la cual entran todos los artistas y que tiene complejas variaciones, con súbitos altos para desafíos en verso.

—¡Qué lindo!

—¡C' est gentil!

El encargado de negocios de Noruega mira con evidente placer. Una señora, al lado mío, trata de convencer al joven diplomático Galvao Bueno de que aquello es el final de la «cuadrilla americana» de la Pampa. Pero yo no me fio de esa aseveración y pregunto.

—¿Cómo se llama esta danza?

—«Pericón con cielito».

—¿Como?

—Pericón con «petit ciel», dice la señorita Ayarragaray, en francés, notando que no he comprendido, de repente, en castellano.

Y teniendo la explicación más bella se hace la danza.

El *pericón* es, como todas las danzas, una expresión de vida: con «cielito» es porque al bailar los gauchos usan pañuelos azules y blancos, colores del cielo y de la bandera argentina.

En la atmósfera de elegante confraternidad, la danza produce su eterno efecto. Y al dejar la legación, donde hemos pasado dos horas de alegría, enciendo el cigarrillo de la Habana que el diplomático Garriga, siempre impasible y agudo me ofrece e imagino que no tardará en ser moda, entre nosotros, ese «pericón con cielito», belleza derivativa del alma triste de los gauchos.

En ese momento nos sentimos, todos, argentinos...

TRAGIPOEMAS DE JACQUES D'AVRAY

Jacques D'Avray es el seudónimo de un distinguido escritor brasileño, el Dr. J. de Freitas Valle, de San Paulo, que goza de merecido prestigio en el mundo de las letras de nuestro continente.

Espíritu cultísimo, maneja, admirablemente, la lengua de Racine, en la cual están escritos sus «Tragipoemas», bello acervo de poesía que hace honor a la intelectualidad de su país.

Hemos recibido, como regío presente, la colección de la primera serie de los «Tragipoemas» de Jacques D'Avray, que se titulan «Le Clown», «Les Aveugles-nés»; «Rataplán»; «Le Fou de la Grève»; «La Glace»; «Ophis» y «Héres», magníficamente impresos, en edición especial.

En ocasión de su tragipoema, «Ophis», aparecido en 1902, hemos tenido ocasión de ocuparnos del distinguido escritor. Su reciente envío nos recuerda la grata impresión que sentimos entonces, al leer «Ophis», y la emoción de aquella poesía, un tanto dolorosa, se ha renovado al encontrar nuevamente, el exquisito espíritu del poeta paulistano en los bellos poemas que nos envía, profundos en el fondo e impecables en la forma.

Los poetas rebeldes y los poetas lacrimosos

Como todos los seres, cosas y fenómenos de este mundo, los bardos, liróforos, panidas, vates, aedas, apolonidas, homéridas, musagetes, poetas, o como quiera llamárseles a los cultivadores de la gaya ciencia, han sido—gracias a la insoportable pedantería humana—matemática e inexorablemente catalogados, en órdenes, subórdenes, especies y familias, como en otros tantos casilleros.

Así atendiendo al género del estilo que se cultive, como los paleontólogos se atienen a la disposición de los huesos para clasificar un fósil, el crítico lector, con el índice sobre la sien izquierda, puede decir de un poeta que lee: «Muy bien: entonces este bardo pertenece a la grave familia de los parnasianos, a la rara especie de los simbolistas y decadentes o a la ilustre corporación de los académicos, a la extravagante de los futuristas, a la fúnebre orden de los sentimentales o a la especie de los rebeldes o anárquicos y a la de los lacrimosos, o al heterogéneo género mixto; ni más ni menos que un geólogo refiriéndose a la especie de los fósiles, dice: este es un ortocera, goniatito, belerófono, o un megalosauo, ictiosauo, o si se trata de un elefante mamut: este es un *elephas primigenius*.

Pero hoy no vamos a ocuparnos del heterogéneo género mixto o neutro, ni de los parnasianos, simbolistas, decadentes, académicos o futuristas; sólo nos anima el propósito de disertar sobre los poetas rebeldes y los poetas dolientes, fúnebres, o lacrimosos.

De estas dos especies de bardos, no sabemos cuál nos merece más compasión cordial, por lo que nos abstenemos de herir con mayor contundencia a uno que a otro. Eso sí, nos enorgullecemos de tener sobrada experiencia sobre el asunto; será inútil, pues, que estas dos especies traten de defenderse por instinto de conservación o mimetismo biológico, porque eso no probaría nada que no fuese contra ellos mismos. Como los conocemos bastante, por desgracia, no serán ellos los que van a engañarnos.

Por su ingenuidad, estas dos especies de poetas son hermanos, pero por su tecnicismo y modos de encarar la realidad de la vida y de las cosas, son enemigos acérrimos.

Así mientras el poeta lacrimoso o ultrasentimental se enerva y enerva cantando en versos frívolos y dolientes cuestiones íntimas, que a nadie interesan, el poeta rebelde canta las cuestiones de los demás que no le pueden interesar en lo más mínimo.

El primero canta lo que le importa a él sólo, el segundo lo que no le importa más que a los otros. El poeta lacrimoso canta, agazapado en la sombra; el rebelde pretende ser hermano carnal del sol, como el lacrimoso se declara hermano de la luna, y como Icaro se lanza impávido, llevando la lira bajo el brazo, a las excelsas alturas, desde cuyo cenit eleva himnos de indignación contra los hombres y los poetas que no vuelan como él...

El poeta ultrasentimental, hace alarde de su sentimiento y el rebelde de su fortaleza y audacia de superhombre nietzscheano. ¡Y uno es menos sincero que el otro!

El poeta anárquico, de corazón exaltado que habla de las montañas colosales, (como si no hiciera otra cosa que ascenderlas) se marearía si las viera de cerca y se desmayaría si le obligasen a subirlas.

El poeta lacrimoso detesta las alturas y sólo ama la estancia galante y los jardines umbríos y solitarios; todo su sentimiento estriba más en la debilidad morbosa de su espíritu que en su sensibilidad refinada.

El poeta rebelde vocifera como un energúmeno y el sentimental llora como una viuda inconsolable. Uno sintetiza su estilo en las lágrimas y otro en el espumarajo de la indignación.

El poeta lacrimoso se revuelve contra sí mismo; el rebelde contra sus semejantes.

El primero habla en nombre de su corazón como el último habla en nombre de su cerebro.

El poeta fúnebre y sentimentaloides tiene el Dolor por Musa inspiradora, el rebelde a la Utopía.

También como los poetas que se refieren en cada verso al lirio, al ruiseñor y al mar sin conocimiento de causa, el poeta rebelde menciona continuamente al águila y al cóndor que jamás ha visto, y describen, con minuciosidad desesperante, las imponentes cúspides heladas de las montañas que quizás nunca huelen sus pies. Hablan, con tono de eruditos auténticos, del infeliz Prometeo y del Icaro temerario; leyendas que no conocen más que por cinco o seis palabras de un sospechoso diccionario enciclopédico de edición económica. Y así todo por el estilo.

leyendo a estas dos especies de poetas, el resultado es el siguiente: mientras uno exaspera, el otro aburre. Uno hace bostezar, el otro da en los nervios.

El poeta rebelde no cree que este mundo

sea el mejor de los mundos posibles. Protesta por todo y contra todo, y por consiguiente el que no está con él está contra él.

Nada le parece suficientemente grande y sublime y como la esfera del mundo le ahoga remóntase en alas de su intrépida fantasía hasta el mismo trono del Señor.

Gritan contra las imperfecciones de la Humanidad porque, naturalmente, es más fácil criticarla que perfeccionarla.

En su crónica indignación no hallan bien que los hombres modernos se vistan al estilo de París o de Londres. Protestan, febrilmente, contra la indumentaria de los hombres, indumentaria que juzgan ridícula, prosaica y grosera en alto grado. Y este buen ciudadano, que en llegando el invierno se abriga concienzudamente con la mejor ropa de abrigo, en previsión de un resfrío molesto, elogia en versos heroicos el divino sistema de ir al uso de los griegos primitivos, con el velludo pecho al sol vivificante y cordial y las pantorrillas al aire, calzando, a lo sumo, el férreo borcegui.

Está demás decir que estos poetas rebeldes son enemigos declarados de los bardos dolientes; pero si esto es perfectamente disculpable; nada justifica, en cambio, el odio implacable por los poetas que escriben en estilo suave y delicado, (poetas a cuya familia tenemos el honor de pertenecer) porque están muy convencidos de que la delicadeza en la expresión, la exquisitez en el estilo está reñido con la verdad, la belleza y la gracia, y que nadie debe permitirse escribir sino como ellos escriben, es decir pulsando lira de bronce en lo alto de la montaña, frente al sol y escribiendo con pluma auténtica de águila real, mojada en un torrente de curso vertiginoso, para luego bajar al llano, como un Moisés del Sinaí llevando las tablas de sus versos que ellos traen para edificación moral de sus contemporáneos.

¡Infelices contemporáneos que ellos tratarán de levantar, como Jesús a Lázaro, haciendo estremecer las fibras de sus cuerpos aletargados!

Así son de diablos estos enérgicos poetas rebeldes, que echan largas miradas despectivas sobre el grupo aislado de los poetas lacrimosos, quienes a su vez, compadecen a aquellos a través de sus lágrimas abundantes; así son estos poetas furibundos que tomándonos por gúelfos nos lanzan dardos miradas de gibelinos.

Por culpa de estos energúmenos bastardos de la familia de los vates es que hemos merecido sin justicia el título de «raza irritable» *genus irritabile vatum*, como dijo Horacio.

¡Haz como para renegar del arte!

Nosotros conocemos muchos poetas de estas dos especies de poetas dolientes y poetas rebeldes y nuestro heroísmo ha llegado hasta el extremo de leerlos, por lo cual nos consideramos merecedores a justo título de la palma de los mártires. Y la esperamos.

JAIME M. OLMBRADA.

EL ESTILO

El estilo es, en realidad, una ecuación que resulta de nuestro más recóndito temperamento personal y la índole del asunto tratado. De ambos factores, el temperamento es invariable, cuando se tiene personalidad; mientras el asunto, en cambio, varía. Ese cambio del asunto da la entonación seria o cómica, grandilocuente o familiar, lírica o trágica, de nuestra composición. Eso que permite reconocer nuestro rostro a través de la claridad y la sombra, de la risa y el llanto, de la juventud y la vejez, de la salud y la enfermedad, es lo equivalente de la fisonomía espiritual que llamamos *estilo*.

A CABA de eclipsarse uno de los espíritus más originales, más nobles y más elevados de nuestro país el poeta Alfafuerte. El suceso ha producido general pesadumbre: de todos los rincones de la república han llegado ecos de ese sentimiento, revelador de la popularidad y del cariño que rodeaba al inspirado autor de las «Evangélicas» y de los «Apóstrofes».

Alfafuerte representaba, en la vida artística de nuestro país, a un verdadero poeta nacional. Sus composiciones eran hijas y productos del ambiente y dentro de su universalidad traducían el verdadero espíritu del alma argentina. Por eso, la popularidad que gozan sus versos y esta apoteosis que se ha hecho de su personalidad, al desaparecer, han tenido tan amplia y significativa resonancia.

Era un poeta nacional, por eso, en nuestros cenáculos literarios no tenía un prestigio paralelo al que le había otorgado el alma popular. Dentro de nuestros círculos intelectuales, tan infiltrados de influencias extranjeras, que hacen aparecer nuestras letras mas como un trasunto de la literatura europea que verdadera expresión de sentimientos y de ideas propias, Alfafuerte no tenía cabida. Su divorcio con ellos data de lejos, desde su iniciación, pues los ásperos versos del poeta, llenos de cortantes aristas, modelados en formas un tanto anticuadas, no concordaban con el melífluo y complicado tono de la literatura puesta en voga por la tendencia importada de escuelas extranjeras que han desnaturalizado las letras patrias.

Esta misma circunstancia, que condenó a Alfafuerte a una labor de solitario fué, tal vez, una circunstancia feliz que modeló su personalidad sin deformarla, haciéndola tan original, tan vigorosa, tan destacada.

Si el poeta hubiera vivido en un medio tan original como su espíritu, o en el seno de una sociedad menos influenciada por ideas, gustos y tendencias literarias importadas hubiera sido reconocido en ese carácter de poeta nacional, de cantor de una época. En Grecia primitiva hubiera sido un homérico. Entre nosotros se ha esfumado su personalidad, sin adquirir tal trascendencia, porque hechas sus alas para remontar cimas se vió obligado a vivir en la llanura: templada su lira para cantar versos heroicos hallaba un pú-

blico inclinado a oír con más preferencia madrigales y traducciones.

El alma popular si, ha sentido más de cerca el hálito ardiente de este poeta de verdad y es ella la que le ha rendido los mejores y más sinceros homenajes. Por sus versos y por su corazón, porque Alfafuerte, como todos los que sienten la belleza inefable de la poesía y sueñan con mundos mejores, tenía un enorme corazón, abierto a todas las penas y a todas las

desheredados. No pudo ver injusticia sin zaherirla con formidables e indignados apóstrofes; no pudo ver desgracia sin buscar ampararla. El poeta y el hombre se completaban en Alfafuerte y esa armonía es lo que hacía más venerable y respetable su personalidad.

El país pierde, con la muerte del poeta, un nobilísimo cultor de la belleza y también uno de los hombres más buenos que han nacido en él. A nadie disputó, jamás, una prebenda. A

nadie pidió, jamás, nada. Vivió pobre siempre, en medio a una sociedad donde era fácil enriquecerse, porqué jamás le sedujeron las riquezas de esta vida, menos fulgurantes que el oro purísimo de su espíritu.

No hace mucho tiempo, el Congreso nacional votó una pensión a Alfafuerte. Durante el debate, dicha pensión fué cercenada por mezquinas reducciones. Al saberlo, el poeta, tuvo una frase amarga.

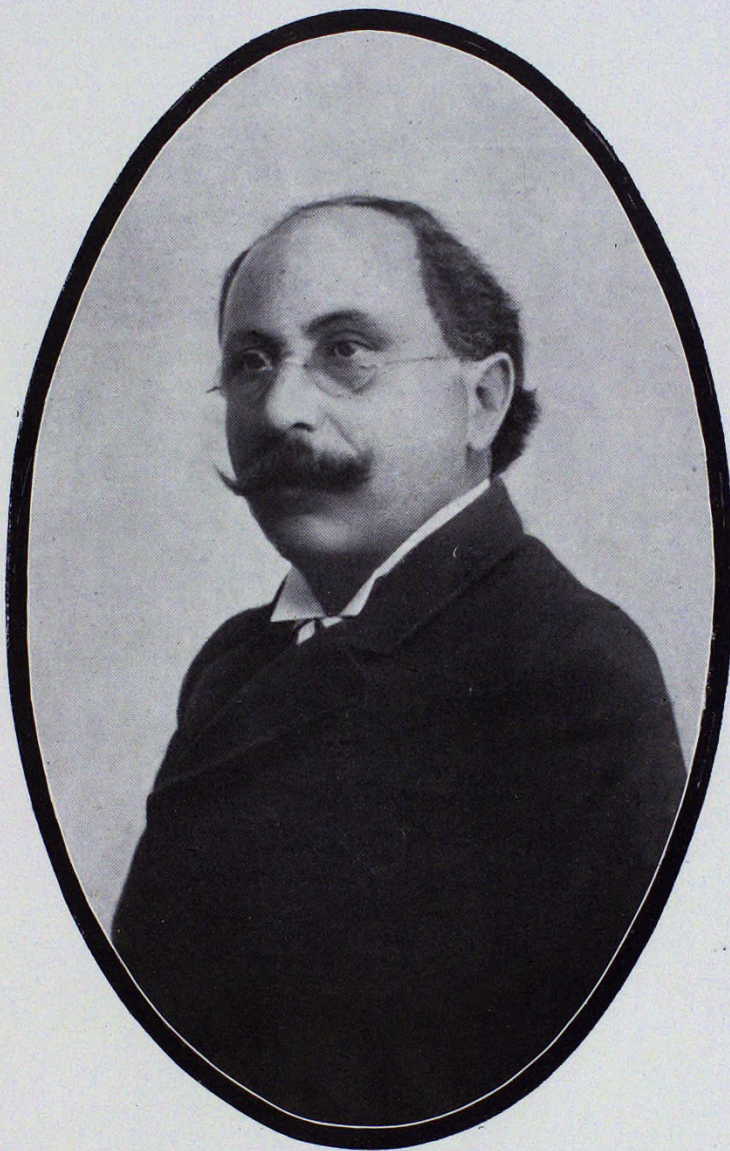
—¡Mezquinan el dinero de mis pobres!

Para los pobres, en efecto, era y ha sido esa pensión, como lo han sido todos los recursos que conseguía Alfafuerte, que practicaba, no como una virtud, sino como una necesidad de su grande y generoso corazón la caridad de Cristo.

La muerte del poeta Alfafuerte ha producido, como decíamos, expresiones sinceras de duelo en todo el país. Sobre su túmulo funerario se han deshojado las flores del cariño y de la consagración. Queda, empero, por hacer, el mejor homenaje que puede rendirse a su memoria. Alfafuerte, pródigo como poeta que era de verdad, ha esparcido, sin cuidarse de donde caían, las bellas flores de su espíritu. Hacía versos como ejercía caridad, de acuerdo con el precepto evangélico, sin decir a la izquierda lo que oficiaba la derecha. Es así que toda su producción anda desperdigada en dia-

rios, revistas, folletos; y mucha de ella inédita o poco conocida. Alfafuerte jamás buscó de hacer siquiera un libro, por esa censurable, aunque noble despreocupación. Homenaje sería, pues, más significativo y honroso que las vanas elegías de la retórica, reunir esa producción dispersa, para dar a conocer, en todas sus fases intelectuales y emotivas, su singular personalidad, tan digna de amor, de respeto y de admiración, y para que puedan, propios y extraños, valorar la intensa labor del poeta.

ALFAFUERTE



LAS MATANZAS DE ARMENIA

La actual guerra europea será uno de los episodios más tristes de los que registre la humanidad. Estallada en una época de plena civilización, no se sospechaban las características crueles—bárbaras—que ha revestido. Ha dejado atrás, la crueldad de las guerras de la Edad Media; la falta de humanidad y de escrúpulos, demostrada frecuentemente por los combatientes han dejado atrás, el sombrío prestigio de los bárbaros conquistadores asiáticos que asolaron a Europa en los primeros siglos de esta era.

En medio a este trágico espectáculo hay uno, empero, que culmina en crueldad. Es la destrucción sistemática y despiadada del pueblo armenio, llevada a cabo con un refinamiento increíble. La crónica que sigue, cuya veracidad, dada su fuente informativa, no puede ser puesta en duda, da una impresión de lo que ha sido aquella inicua matanza, que será uno de los crímenes más abyectos de esta guerra.

Quizás la apreciación parezca exageradamente pesimista, o, cuando menos, excesivamente atrevida; para nosotros ha llegado la ocasión de preguntar si la solidaridad humana es una realidad; la insensibilidad colectiva alcanza a términos increíbles; con nuestra actitud pasiva hemos consagrado la legitimidad del exterminio; organizamos la tácita conspiración del silencio en beneficio exclusivo de los verdugos. Europa ha dejado de ser el cerebro del mundo, o, cuando menos, piensa, pero no siente. La insensibilidad se ha hecho mundial; el egoísmo se ha transformado en un dogma y la vergonzosa deserción en un principio universal. Solo así se explica que pueda ser una realidad lo que acontece en Armenia, en este pueblo desventurado, predestinado a matanzas intermitentes, suceden en la actualidad cosas que ponen espanto en el alma.

Las informaciones que a continuación resumimos tienen un gran valor; proceden de fuente alemana; la censura militar germana ha querido ahogarlas en el silencio; afortunadamente no lo consiguió. Trátase de un artículo que debió aparecer en la «Allgemeinen Missions-Zeitschrift», correspondiente a noviembre de 1915. La censura militar alemana recogió esa edición; pero no pudo evitar que llegase a nuestras manos un ejemplar de esa revista.

El artículo a que hacemos mención aparece publicado con la garantía de los profesores alemanes Julius Richter y John Warneck. Ambos dan fe de lo que a continuación relatamos:

«Juzgamos un deber el informar a nuestros lectores—dice el artículo mentado—, siquiera sea sumariamente, de lo que actualmente acontece en el desventurado país armenio. El 7 de julio salió de Erzingjan el primer grupo de deportados; el final de ese viaje había de ser Kharput. El 8, 9 y 18 del mismo mes verificáanse nuevas deportaciones; en total, de 20 a 25.000 personas. Muy a menudo llegaban a nuestros oídos rumores de que ese indefenso tropel humano había sido asaltado y saqueado por los kurdas. Ese rumor fué confirmado por nuestra cocinera, de nacionalidad turca. Entre lágrimas y sollozos esta mujer nos relataba cómo los kurdas, después de maltratar y asesinar las mujeres, habían arrojado los hijos de éstas al Eufrates. El día 11 de julio llegan tropas regulares, con el fin de castigar a los kurdas. Lejos de eso, las tropas regulares se dedicaron al exterminio de ese indefenso rebaño humano, compuesto, en su inmensa mayoría, de mujeres, ancianos y niños. En presencia de soldados turcos que habían asistido a los sucesos se nos decía que las mujeres, de

rodillas, locas de dolor, imploraban misericordia para sus hijos; por toda respuesta, los pequeños eran arrojados al río por los soldados. Nosotros preguntamos:—¿Y vosotros habéis disparado sobre las mujeres y los niños? Se nos respondió:—¿Qué hemos de hacer! Se trata de una orden. Alguien añadió:—Presenciando aquella escena, sentíase algo así como si el alma se desgarrase. Después de aquella carnicería, esos desgraciados fueron dejados en pleno campo durante varios días. El 18 por la tarde nos dirigimos a ese campo en compañía de Herrn G.; un gendarme que nos acompañaba nos explicó como ese tropel humano, formado de mujeres y niños, pernoctaba en pleno campo absolutamente abandonado; él mismo les había animado y auxiliado; lleno de emoción, nos decía: «—Asesinar, asesinar, siempre asesinar; diariamente, de diez a veinte hombres mutilados; los niños, que por su debilidad no podían seguir esa caravana de la muerte, se les machacaba el cráneo; a las mujeres, después de violarlas ferozmente, se las mutilaba; yo mismo he debido enterrar muchas mujeres horriblemente mutiladas y completamente desnudas; que Dios me lo tenga en cuenta.» Así terminó el gendarme su horripilante relato.

Los días siguientes, al rayar el alba, oíamos ayes de muerte, gritos de dolor y de espanto. Un día, después de cerrar nuestra casa, nos encaminamos a la ciudad; el espectáculo que allí presenciábamos era indescriptible. De tantos cientos de armenios deportados, «solo dos» sobrevivían; muchas mujeres habían perdido la razón; con los ojos fuera de las órbitas, aquellos esqueletos gritaban de un modo desgarrador: «Seremos turcos, alemanas, lo que queráis; pero ayudadnos, ayudadnos, tened piedad, tened misericordia. Ahora se nos lleva a Kemagh; allí, como los desgraciados compatriotas que nos precedieron, seremos decapitados.» En el camino nos encontramos con otro rebaño de deportados; hubimos de detenernos para dejarles paso; la impresión que nos causó el desfilar de esa caravana, vivirá eternamente en nuestro recuerdo. Pocos hombres, más mujeres y muchos niños; la mayoría de éstos tenían el cabello rubio y unos grandes y hermosos ojos azules; nos miraban con espanto, y en aquella sublime inconsciencia de sus caras menudas, parecía como si ya fuesen ángeles del cielo predestinados al sacrificio. En silencio, con ese silencio precursor de la muerte, veíamos pasar aquellos desgraciados; también vimos ancianos que apenas si tenían fuerzas para sostenerse en sus pollinos; todos, todos iban a ser arrojados desde el alto de las peñas y el Eufrates los recogería, arrastrándolos con su corriente. Nos faltaban las fuerzas; diríase que nuestro corazón había dejado de latir; un frío sudor invadía nuestro cuerpo. Preguntamos a un gendarme. «Si los queréis matar, ¿por qué no los hacéis en sus propias aldeas?» El gendarme respondió. «Es la justicia; antes de morir deben de conocer lo que es la miseria y el sufrimiento.» Entre el 10 y el 30 de mayo 1200 armenios son arrancados de los Vilayets de Diarbekir y Mamut-ul-Asis; de entre ellos, 674 son embarcados en el Tigris sobre once gabarras, con el pretexto de llevarlos a Mossul; los acompañaba el ayudante Wallis, con 500 gendarmes; de éstos 25 se distribuyen en los once lanchones, los otros 25 se quedan en la orilla; apenas desatracadas las gabarras, se les quitó a esos desgraciados armenios todo su dinero—6000 liras—, se les desnudó y los 674 fueron arrojados al río; nadaban desesperadamente por ganar la orilla: cuando se creían a salvo... los 25 gendarmes que habían quedado en tierra les impedían ganar la orilla; al fin el Tigris los arrastró en su lecho verdoso, y un silencio de

muerte sucedió a aquella tragedia. Los trajes de las víctimas hemos podido verlos a la venta en el mercado de B. Desde hace un mes, diariamente se ven pasar, arrastrados por la corriente, cadáveres de mujeres y niños. Los cuerpos de los hombres están horriblemente mutilados; en su mayoría aparecen sin los órganos genitales; las mujeres presentan heridas horribles. Los cadáveres arrojados a la orilla por la corriente del río, son devorados por los perros y los buitres. Muchos alemanes pueden dar fe de la veracidad de este relato. Un empleado del ferrocarril de Bagdad dice que en Diredjik, las cárceles están repletas de armenios; por la noche se vacían; los armenios son arrojados al Eufrates...

Pero hay algo más monstruoso todavía. El lector sabe que la Deutsche Kultur y el fanatismo musulmán luchan unidos. Lo que sin duda ignora, es que los alemanes se han hecho cómplices de esas matanzas; presenciaron impasibles esa espantosa tragedia; es el premio a la cooperación turca; a cambio de los soldados otomanos que pueden procurarse en Asia, contemplan con absoluta indiferencia esos asesinatos en masa. Hablamos de la Alemania oficial. No somos nosotros quien lo afirmamos «el doctor Graeder, profesor en la Real Escuela Alemana de Aleppo, quien, en una carta, fechada el 7 de julio, entre otras cosas» escribía:

«Ya no se trata ahora de los tradicionales asesinatos en masa; se persigue el total exterminio del pueblo armenio, como lo afirman, con un increíble cinismo, los lugartenientes de Talaat-Bey. De cómo son tratados los armenios, da idea el siguiente hecho: de 18000 deportados que salieron de Chaurput y Siwas, llegaron a Aleppo «trescientos cincuenta»; de Erzerum fueron arrancados 1900; llegaron a Aleppo «once». Aleppo no representa para esos desgraciados el final de sus desdichas. Los que no mueren aquí—los cementerios están atestados—son llevados a la estepa siria, donde un reducido número que lograron conservar la vida luchan desesperadamente con el hambre y terminan por sucumbir. «Los alemanes»—con raras excepciones—«contemplan impasibles este cuadro de dolor y desolación», limitándose a decir: Los turcos son necesarios para continuar la guerra; se trata de algo cuya reglamentación compete exclusivamente al gobierno otomano. No debemos mezclarnos en esos asuntos.» Sin embargo, cuando se trataba de reclutar armenios, no se sentían ni esos escrúpulos ni ese respeto.»

Hasta el presente, los otomanos habían monopolizado la «especialidad en asesinar colectivos», siquiera en el fondo de su conciencia, las protestas europeas significasen para ellos el pretexto de un vago remordimiento. Hoy ya han desaparecido esos escrúpulos; hay quien sanciona sus crímenes con una implícita aquiescencia; no son simples europeos los que presencian con una absoluta pasividad ese radical sistema de otomanizar la Armenia desventurada; a la condición de europeos unen la de representar una exquisita cultura; como sus tutores, los germánicos de la Alemania militarista, los turcos se creen a su vez un pueblo predestinado; su raza, como la prusianizada, debe imponer al mundo la ley; no esa ley, que es justicia universal, predicada por el latinismo decadente, sino una ley otomana, exclusivamente otomana. Pobres los pueblos que no aciertan a explicarse cómo puede progresarse con el sistemático.

Los armenios no podían comprender toda la grandeza de esa concepción; por eso se les suprimió. Así se establece una corriente ideal entre los Alldentsch y Constantinopla.

CAMILO BARCIA TRELLES.



GALERÍA SOCIAL. — SEÑORITA LÍA MARTÍNEZ

HISTORIA DE MI PRIMER ARTICULO

Erase allá por el año de 90, el último de la administración de aquel patriarca que se llamó don Chico Menéndez. Rubén Dario acababa de regresar de Chile, lleno del doble prestigio que le diera su residencia de dos años en la tierra de don Eduardo de la Barra, y las dos benditas cartas que sobre «Azul»... le dirigió desde Madrid el ultraamable don Juan Valera. Protegido por el paternal presidente, Rubén emprendió la publicación de un diario, unionista, literario, y por añadidura, semi-oficial. El era el director. Nuestro querido y respetado sabio Barberena el redactor en jefe. En sus columnas, Dario reproducía los cuentos y las poesías de su celebrado libro, el hermosísimo prólogo con que le favoreció el gran don Eduardo (que en paz descansa), las dos cartas del irónico don Juan, la colección de «Rimas», premiadas en un concurso poético de Valparaíso, su «A. de Gilbert», en que inventaba exquisito artista al hijo del expresidente Balmaceda; el prólogo para un libro de poesías de Narciso Tondreau (libro que no llegó a publicarse) y que no era, el tal prólogo, más que un relato, un tanto miluinochesco, de su afanosa residencia en aquel lejano país. Y esos cuentos, y esos versos, y esas cartas de hidalgo, y esa monografía fantástica (que Cañas patrocinaba con una cariñosa carta), constituían, por aquel entonces, nuestra única capital lectura. El aroma capitoso de aquella literatura se nos subía al cerebro en oleadas y nos producía el efecto de una borrachera; era un sello que dejaba su huella en la cera, blanda y dúctil de nuestra alma, virgen de lecturas perturbadoras, ajena a influencias extrañas que tiranizan. Aquel papel vespertino era nuestro «breviario de emociones». Todas las tardes, a la hora en que el «hombre de la escalera» pasaba encendiendo los faroles de gas de las calles, y en el Bolívar, las golondrinas tomaban por asalto los naranjos, nosotros nos encaminábamos a la administración del diario, situada frente a Pérez y Parraga, donde está hoy ubicado el «Casino Salvadoreño», y con mano temblorosa comprábamos, y doblábamos cuidadosamente nuestro ejemplar. ¡Con qué ansia desplegábamos el periódico, y con qué curiosidad recorriamos sus columnas! Con voracidad de hambriento caíamos sobre «la lectura» de nuestra preferencia. Así, por nuestros ojos deslumbrados desfiló ese cuadrado holandés que se llama «El Fardo», esa luminosa fantasía que se llama «El Rubí», esa confesión tierna e ingenua de «Palomas blancas y garzas morenas». Nuestro rubendarismo era de esas pasiones que arraigan, y la que se nos antojaba pensar que por siempre íbamos a llevar enraizada en el alma. A la sombra de ese laurel glorioso, al amor de ese sol, en ese huertecito en que las rosas florecían con la impetuosidad y abundancia de las ortigas en un erial, antojéme un día de tantos plantar mi albahaca, y hacerla florecer. La planta escogida era humilde; pero cada cual no está obligado a hacer más de lo que puede. Planté y regué, solicito, mi planta. Y un día ¡osado sin igual! cuando recogí la primera florecilla, empapada en el rocío de la noche, en lugar de tomarla y enceñarla entre las páginas de un libro favorito, tuve la osadía de enviarla... ¡Dios mío, todavía tiemblo al recordarlo! tuve la osadía sin igual de enviarla en busca de sitio al regio búcaro de alabastro en que la flora exótica de Rubén despedía, como manirrota, todo el perfume de sus opulentas corolas.

¡Con qué cuidado, con qué primor copié mi artículo! Qué lujo de mayúsculas! ¡Qué simetría de renglones! Papel fino. Tinta morada (que todavía uso, y que Alemán Bolaños llama

«tinta arzobispal»). Era una prosa de un lirismo infantil, estupendo; una prosa, (dos carillas de «blo» corriente) en que cantaba la venida del mes de mayo, a través de Becquer y de José Selgas, y a la que Tono Solórzano había declarado, cuando se la leí, «digna del mismo Rubén Dario!!!» ¡Con qué meticulosidad doblé el papel, y lo metí en un sobre! Temblaba. No acertaba a decidirme. Una vez rotulado: «Señor Director de La Unión», vino el problema ¡arduo por cierto! del envío ¿Cómo enviar aquello? Por correo, naturalmente. ¿Pero si se extraviaba? No. Mejor llevarla personalmente, entregársela yo mismo al propio Rubén Dario, y rogarle su publicación! Aquello era lo mismo que querer llegar al Boquerón en una máquina de la «Auto-Taxi Company» sin romperse el alma. La solución llegó, como siempre, a la hora necesaria, llega el auxilio al necesitado. De noche, después del concierto, pasaría por la oficina, y la deslizaría en el buzón. Dicho y hecho. Allá fui y... y el acto se consumó. Saqué del bolsillo el sobre. Levanté la tapa del buzón. Deslicé la carta. Sentí el rumor al caer dentro; el golpe del buzón al cerrarse de nuevo, y por último, el ruido de mis pisadas al alejarme. ¡La gran osadía!

Aquella noche no pegué párpado. ¡Lo que discurrí! Mi cerebro era una grillera. En mis venas la sangre galopaba con la impetuosidad de una cabalgata walquiriana. Y pensaba, sin poder dormirme: ya es la hora en que el director ha regresado. Va a acostarse. Antes, practica una «tourné» por su oficina. Enciende la lámpara de su escritorio. Recoge los periódicos deslizados bajo la puerta. ¿Habrá telegramas, habrá cartas en el buzón? El director lo abre. Efectivamente. Hay cartas de los corresponsales de los departamentos. Hay telegramas. Pero también hay una cubierta asalmonada, cubierta femenil, que abulta un tanto. Al director le llama la atención. Le toma en mano, le sopesa, le da vueltas. Va seguramente a abrirlo. De pronto se detiene. ¿Qué pasa? La deja a un lado, cerca de un hidrópico Diccionario de la Real Academia y un cenicero de porcelana en el que apesta una punta de grueso cigarro exhornado de rojillo anillo. ¡Un puro de don Santiago, que caleda la capucha de ceniza se jala un bonito senequito! ¿Va a quedarse ahí, abandonado, por siempre, mi enfundado artículo? El director, sentado, dándole en la cara todo el reflejo verde de la pantalla en cono, rasga telegramas, abre sobres, desgarras cartas, margina papeles con lápiz azul, cambia de sitio un libro, abre una gaveta, cierra otra. Se levanta. Extingue la lámpara. Sale. Se aleja. Va a acostarse. Y a la vera del hidrópico Diccionario, pegado al helado puro de don Santiago, (al que un movimiento brusco del director ha derribado su capucha de ceniza) mi pobre artículo se queda abandonado, rezongando de su ya prolongado encierro.

Al día siguiente, a la hora en que el diario era lanzado a la circulación callejera, como siempre, fui por él. Serenidad, serenidad ante todo. Hay que saber ser hombres. Los grandes trances templan la voluntad! A lo largo de las calles, los faroles se iban encendiendo uno a uno. «El hombre de la escalera» pasaba cargado de su artefacto, la lámpara automática en mano. La turba de golondrinas del Bolívar armaba el gran escándalo. Bajo los naranjos sacudidos por las embestidas, pasaba el «tío», vestido de «cuero de diablo», arrastrando la charpa mohosa, y persiguiendo a los «zipotes», cuyas perversas hondillas disparaban sus perdigones contra las inofensivas inquilinas del paseo. De la sastrería de Viaud, los operarios salían en grupos. A la puerta de la candelaria de Pérez y Parraga, un coche destartado es-

taba detenido, mientras dos conocidos señores que iban camino del casino, conversaban a la orilla de la acera. Frente a las oficinas de «La Unión», había mucha gente estacionada. Unos entraban. Otros salían, con periódicos en la mano. El viento agitaba y hacía crugir las hojas de papel. Vi que salía el amable sabio Barberena, apretujando sus ojos de miope tras los gruesos cristales de los anteojos. Vi que salió Roberto Bone, el administrador, todo oloroso a pomadas y puesto de veinticinco alfileres. En su solapa se esponjaba un «clavel de olor» y por el bolsillo superior de su chaqueta, apuntaba la alba punta de un pañuelo. Vi que salió Belisario Calderón, el buen Belisario, con su corazón de niño que no le cabe en el pecho. El grupo que obstruía la puerta, iba aclarándose. Me mecí. — «Un ánimo recto hace una vida feliz» — pensé. Y penetrando, pedí un ejemplar. No tuve el valor suficiente para desdoblarlo allí mismo, de recorrer sus columnas, y no sé como encontré la serenidad suficiente para doblarlo y deslizarlo en el bolsillo. En mi casa, ya solo, lo saqué y vi... ¡Nada! Dios mío! ¡Qué disolución! Todos mis ensueños veníanse, ruidosamente, a tierra. Hasta creo que en mis pupilas amagó una lágrima.

¡Y nada tampoco al siguiente día! ¡Y nada el otro, y el otro, y el otro! Nada ¡Nada! Mi fracaso era completo!

Mi pobre artículo ¿se habría quedado el pobrecillo haciéndole compañía al Diccionario de la Real Academia, y a la punta de cigarro de don Sebastián? ¿Habrá rodado hasta la cesta de papeles inútiles, hecho cuatro tiras?

Más tarde, cuando los hados, y mi afán de rodar tierras, me llevaron hasta el opulento y lejano Buenos Aires, una noche en el Luzio, varios buenos amigos nos reunimos en torno de una mesa, en un rincón. Allí estaba Rubén Dario. Se habló de todo, desordenadamente, como siempre. Las rodela de crin de los boots consumidos se apilaban a un extremo de la mesa. El humo de los cigarros se aplafonaba, sofocando el ambiente, tejiendo halos vaporosos a las cabezas de los circunstantes. Las cucharillas hacían tintinear rítmicamente las frágiles porcelanas de las tazas. De pronto se habló de como había comenzado su carrera de escritor Sicardi, cuyo tercer tomo del «Libro extraño» daba mucho de que hablar en los círculos intelectuales de Buenos Aires. Entonces, cada uno relató alguna anécdota referente a su iniciación en la carrera. Y cada uno se conmovió al hacerlo. Yo conté, ingenuamente, mi historia: mi primer artículo, rodando al cesto. Rubén clavaba con insistencia en mí aquellos sus ojos que parecen que no ven. Y su boca enigmática, sonreía. De pronto dejó de sonreír... ¿Se encendería, de súbito, en su cerebro algún recuerdo? Recordaría acaso la cubierta asalmonada que en la noche de un lejano día centroamericano recogió de su buzón, entre telegramas y sobres llenos de timbres postales y arrojó indiferente al cesto de los papeles inútiles? No puede ser. Pero mi anécdota tuvo la fuerza de emocionarle. Vi que sus ojos refulgieron. Sus párpados aletearon, cerrándose breves instantes. Su boca enigmática dejó de sonreír. Algún recuerdo estaba eslabonado a aquel tiempo. No había duda. Sentía pasar algo por su alma, que la sacudía. Declaro que me sentí satisfecho. Y hasta llegué a pensar que aquella era mi mejor venganza: hacer conmovirse al glorioso poeta, sumo pontífice de la «pose», y así, entregarle, atado como un nazareno, al trulucento «títeo» de algunos de los miembros de «La Siringa».

ARTURO AMBROGI.



LA TEMPORADA LÍRICA

En un número de «El Liberal», de Madrid, llegado en el último correo, hemos hallado una carta firmada por los empresarios del teatro Colón, señores Mocchi y Da Rosa, en la cual cuentan al público de la capital española lo que se traen este año para la temporada lírica de nuestro primer coliseo.

Extractamos parte de ella, la que se refiere a la próxima temporada lírica del Colón, para que se conozca el antecedente.

Con frecuencia, los empresarios teatrales prometen más de lo que piensan cumplir, y la experiencia la tenemos de temporadas anteriores del mismo teatro Colón, lo que no ha obstado para que los empresarios hicieran su auto elogio, como ha ocurrido no ha mucho, en Madrid, donde el señor Da Rosa publicó una carta que tuvimos el cuidado de ratificar en nuestro número anterior...

Al parecer, los empresarios teatrales, por la índole de su negocio o por su contacto con los «divos», se contagian de la vanidad e insinceridad de estos y suelen exagerar en el ageno y en el propio elogio.

Veremos pronto si se convierte en realidad la aseveración de los empresarios del Colón, de que jamás Buenos Aires habrá tenido una temporada lírica como la próxima. Nos parece que es mucho avanzar, especialmente si la base de éxito de la temporada se piensa consolidarla con Caruso, tenor que, sin duda alguna es el más caro del mundo pero que el año pasado ya ha mostrado, a este mismo público del Colón, una evidente y penosa decadencia.

Pero no nos apartaremos, por hoy, del objeto principal de estas líneas, que es indicar la carta promesa de los señores Mocchi y Da Rosa, que es la siguiente:

«Si hay dificultades tan graves para la organización de espectáculos líricos en Italia y en España, imagínese lo que debe ser para la América del Sur, donde a la falta material de los hombres, se agrega la imposibilidad de elegir libremente las mejores damas del teatro por el miedo que sobre todo las mujeres (¡y... también los hombres!), le tienen a la idea de atravesar el Océano con el peligro de submarinos, peligros que, efectivamente, en el Mediterráneo y después de Gibraltar, hasta las Canarias, existe, y que transforma, pues, casi en actos de heroísmo la pacífica profesión del empresario teatral. Y todo eso sin contar el problema de hacer salir de Italia una «troupe» de trescientas personas con quinientos metros cúbicos de decorado, sastrería, «atrezzo», etc., cuando casi todos los buques italianos están requisados por los servicios del gobierno; los ferrocarriles italianos y franceses rechazan al transporte de los materiales, y los trasatlánticos neutrales que monopolizan hoy el transporte de los pasajeros no tienen espacio suficiente para el de una compañía, cuya condición esencial es la de ser llevada por un único barco.

Ahora bien; a pesar de todo eso, nosotros creemos poder adelantar, siempre que nuevas complicaciones no echen a perder todo lo arre-

glado, que nunca Buenos Aires habrá tenido una «saison» como la que nosotros estamos preparando este año para el Colón.

Para darse cuenta de la sinceridad de esta aseveración es necesario examinar nuestro programa desde el punto de vista de todos los gustos y de todas las tendencias. Hay gente que está convencida de que no puede existir una gran temporada lírica sin «divos» de fama ultraterrena y sin sueldos fabulosos. Estos señores no podrán quejarse: allí tienen el contrato, para treinta funciones de Enrico Caruso, el «divo de los divos», que cobra diez mil pesos argentinos por función, esto es, veintidós mil pesetas cada noche, y que es, indiscutiblemente, el mejor tenor italiano, como Lucien Muratore, contratado también por veinte funciones, es ciertamente el más grande tenor de Francia. Esta pareja, que nunca figurará junta en ningún teatro del mundo, y que con María Barrientos (que es, hoy por hoy, la dama de teatro más remunerada del universo, y de la cual tenemos veinte funciones), forma un terceto del valor de un millón de pesetas en 77 días de temporada, y debe indiscutiblemente llenar las más atrevidas exigencias de los que enloquecen únicamente delante de los «moutons a cinq pattes».

Hay, al contrario, gente de gusto más delicado, que ciertamente adora a Caruso, interpretando «Manon» y «Pagliacci»; Muratore en «Werther» y «Carmen»; Barrientos en «Barbero» o «Sonámbula», que sin embargo no les gusta que estos «divos» sirvan de hoja de parra para cubrir las deficiencias de los otros espectáculos, y que llegaría hasta a renunciar a Caruso, a Titta, a Muratore y a la Barrientos, para tener lo que se llama un «conjunto homogéneo» compuesto en todos sus papeles grandes y chicos, de artistas de valor efectivo, y sobre todo las partículas de que están encargados. Esta parte del público ya a saber, ciertamente con gran satisfacción; que las obras delicadas del repertorio estarán a cargo de Schipa, el delicioso tenor que está triunfando en el Real; que las obras wagnerianas estarán a cargo del tenor De Giovanni, el más ideal de los «Parsifal», o de Ferrari Fontana, incomparable puritano; que las obras fuertes, como «Sansone», «Aida», etc., servirán a la consagración de Pedro Lafuente, un nuevo gran tenor dramático de nacionalidad argentina, a pesar de su origen vizcaíno, que precisamente en la ópera de Saint Saenz apareció, quince días atrás, como una revelación para el público del Costanzi de Roma; que las obras francesas, cantadas en su idioma original, tendrán por protagonista a Ninon Vallin Pardo, que los triunfos sudamericanos del año pasado y los italianos de este año han decididamente raptado para siempre de la Ópera Cómica de París; que las nuevas producciones de Mascagni y de Puccini, «Ladoleta» y la «Rondine», tendrán por creadora a Gilda Della Rizza, la encantadora actriz lírica, que con sus interpretaciones de «Rosencavalier», de «Tosca», de «Chenier», de «Siberia» y de «Fanciulla del West», se ha puesto a la cabeza de las jóvenes «etoiles»; que Elvira de Hi-

dalgo compartirá el repertorio ligero con la Barrientos; que el repertorio dramático de la temporada estará a cargo de Fidela Campiña, una española de veintidós años, que ha poco llegó a Italia, venció y triunfó con solo debutar, y tendrá dentro de pocos días la consagración de la Gran Ópera de París; y que, por fin, los barítonos de esta gran compañía se llaman nada menos que Giuseppe De Luca, Armando Crabbé y Eugenio Giraldoni; un terceto de celebridades mundiales; los bajos son el colosal Journet y el genial Massini Pieralli, y que entre las contraltos figura Gabriela Besanzone, la única que después de veinte años parece hacer revivir la voz de la inolvidable Josefina Pascua.

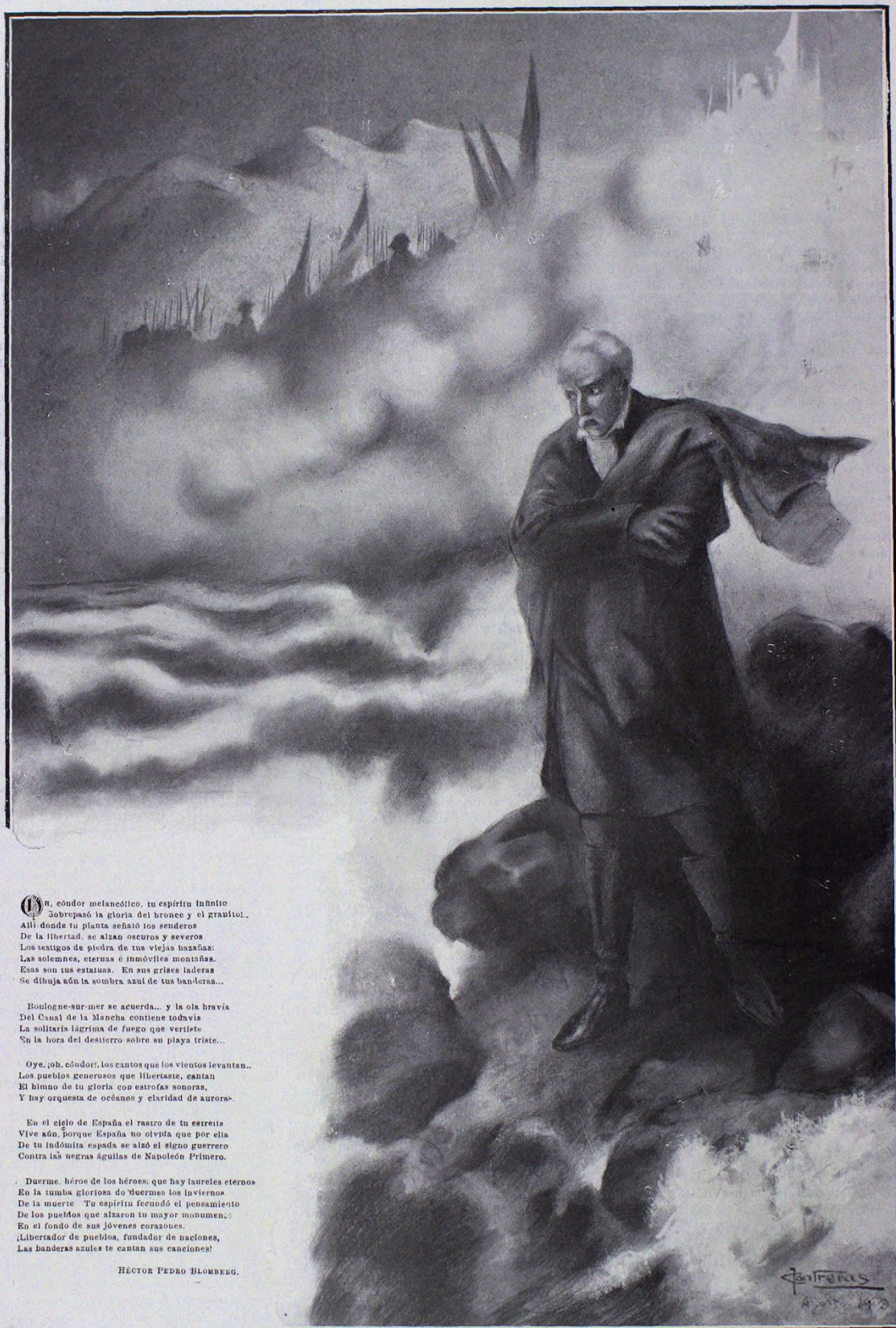
Hay, por último, una fracción más refinada todavía del público más incontentable: los intelectuales, los supercríticos. Para estos señores, el elenco, el cuadro de los artistas es cosa subalterna; lo que es esencial es el repertorio, las novedades, los maestros.

Todavía no está decidido si el director italiano será Marinuzzi o Panizza.

Pues bien; precisamente para estos es para los que hemos hecho el mayor esfuerzo. Ante todo, hemos dividido la «saison» en dos partes: la primera, esencialmente lírica, y la segunda, de bailes rusos y conciertos sinfónicos. No son este año simplemente las pruebas acrobáticas de un Niguiski o las gracias terpsícoras de una Karsawina, que van a prevalecer en los bailados rusos; es la dirección personal de dos compositores como Strawinski y Ravel, que son los que han dicho hoy la última palabra en materia musical; es la presencia de Baes, que es el más grande pintor ruso contemporáneo, y que fué el verdadero ideador y colaborador de Sergio Dagleuff en la creación de estos famosos bailados rusos.

Novedades nunca conocidas en Sudamérica, como «Petrowska» y «Abeille de Strawinski», dirigidas por su mismo autor, van a ser un soberbio deleite para los intelectuales; así como, durante la temporada lírica de Wagner, «Tristan e Isolda», «Tannhauser»; «Rossen Cavalier», de Straus dirigida por Williams Atengenberg; el delicioso «Maruff», el último triunfo de la Ópera Cómica, de París, dirigido por su mismo autor, el maestro Rabot, y cantado en su idioma original por Muratore, Vallin Pardo; «L'etranger», de Vicente D'ndy, bajo la dirección de su autor, el célebre animador de la Scola Cantorum, de París; «El abanico», la última y todavía inédita ópera de Amadeo Vives que tendrá como creadora a María Barrientos, y, por fin, «La ladoleta», de Mascagni, que a más de Della Rizza, tendrá como intérprete principal Enrique Caruso, así como la «Rondine», de Puccini, que tendrá como tenor Titta Schippa.

No faltará para los nacionalistas argentinos, que justamente pretenden que el teatro Colón sirva algo también al desarrollo del arte sudamericano, la creación de una obra nueva de García Mansilla, «La angelical Manolita», y la reproducción del «Sueño de alma», de López Buchardo, que ya tuvo éxito hace tres años.»



Oh, cóndor melancólico, tu espíritu infinito
Sobrepasó la gloria del bronce y el granito...
Allí donde tu planta señaló los senderos
De la libertad, se alzan oscuros y severos
Los testigos de piedra de tus viejas hazañas:
Las solemnes, eternas e inmóviles montañas.
Esas son tus estatuas. En sus grises laderas
Se dibuja aún la sombra azul de tus banderas...

Boulogne-sur-mer se acuerda... y la ola bravia
Del Canal de la Mancha contiene todavía
La solitaria lágrima de fuego que vertiste
En la hora del destierro sobre su playa triste...

Oye, oh, cóndor, los cantos que los vientos levantan...
Los pueblos generosos que libertaste, cantan
El himno de tu gloria con estrofas sonoras,
Y hay orquesta de océanos y claridad de auroras.

En el cielo de España el rastro de tu espada
Vive aún, porque España no olvida que por ella
De tu indómita espada se alzó el signo guerrero
Contra las negras águilas de Napoleón Primero.

Duerme, héroe de los héroes; que hay laureles eternos
En la tumba gloriosa do duermes los inviernos
De la muerte. Tu espíritu fecundó el pensamiento
De los pueblos que alzaron tu mayor monumento:
En el fondo de sus jóvenes corazones.
¡Liberador de pueblos, fundador de naciones,
Las banderas azules te cantan sus canciones!

HÉCTOR PEDRO BLONBERG.

Contreras
A. 1910

LIBROS NUEVOS Y VIEJOS

RESEÑA Y CRITICA BIBLIOGRAFICA

ORACIONES FÚNEBRES

DE BOSSUET

De todos los ramos de la elocuencia es, sin duda, el más antiguo este del elogio funerario. A la vida siguió muy de cerca la muerte, y es la muerte la más grande emoción de la vida. Así, el primer discurso que el hombre pronunció tuvo que ser, debió ser, fué, porque allí estaba la ocasión primera y la primera inspiración, lamentando la pérdida de otro hombre. Y una pérdida se lamenta, ante todo y sobre todo, expresando su dolor con el realce del valor de lo perdido.

La oración fúnebre, y en su forma apologética, se remonta, pues, a los primitivos tiempos de la Humanidad. Se puede decir, por tanto, y puesto que se puede decir lo digo, que la costumbre de deplorar las defunciones elogiando a los difuntos es tan antigua como la antiquísima costumbre de morirse.

Diodoro Siculo cuenta que en Egipto se pronunciaban discursos sobre las tumbas cantando los méritos de los muertos. Pero puede resultar que Diodoro fuese un mentiroso. No me apoyaré por eso en la afirmación de Siculo para demostrar extremo tan importante como el que demostrar pretendo. Iré a los Santos Libros, archivo de la única verdad. Ellos refieren que David lamentó las muertes de Saúl y de Jonatás, y que las lamentó alabando su fuerza, ensalzando su talento, glorificando su memoria. ¿Qué os decía yo?...

En Grecia y en Roma, pináculos de la imaginación, cúspides del entusiasmo, la oración fúnebre tomó grandes vuelos; pero no se alzó todo lo que había de alzarse. Con el cristianismo es cuando la oración fúnebre sube y sube hasta tocar en el cielo. Antes su carácter tenía que ser humano y después su carácter podía ser divino. El cristianismo ofrece un porvenir y un porvenir eterno. Sin este porvenir, al hablar de un muerto sólo se podía tratar

del pasado. ¿Comprendéis?... Os pondré un ejemplo. San Gregorio Niceno hizo la oración fúnebre de Pulqueria, hija de Teodosio y de la emperatriz Flacila. Esta apreciable princesa murió en la infancia. ¿Qué demonio podía haber dicho el santo de esa niña que casi no vivió, a no contar con el recursillo de la vida futura?...

Quedamos, pues, en que la oración fúnebre es antiquísima y en que con el cristianismo alcanza su mayor esplendor. Sentado esto, vamos con lo que de esto necesitaba como prólogo. Las mejores oraciones fúnebres que se conocen son las pronunciadas por Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Meaux. Ya serán buenas, ¿eh?... ¿Para preponderar en cosa tan antigua y tan bien tratada por los más ilustres Padres de la Iglesia habrán de ser superiores?... Superiores son, mejor dicho, «superiores» porque se trata de oraciones—femenino y el adjetivo concuerda con el sustantivo en género, número y caso.

Ocho fueron las «Oraciones fúnebres» de Bossuet; pero dos se han perdido. Ni la que dedicó a su maestro Nicolás Cornet, ni la dedicada a la reina Ana de Austria se conservan. Y es lástima que se perdiesen, o al menos que se perdiese esta última, porque los elogios de un venerable sacerdote a la barragana de Mazarino debieron tener una gracia loca.

Quedan, sin embargo, para regocijo de las gentes de buen humor, los elogios funerarios de Enriqueta María de Francia, aquella reina de Inglaterra que, con sus desatinos, condujo a su esposo Carlos I al cadalso; de Enriqueta Ana de Inglaterra, digna hija de la anterior, que, casada con el duque de Orleans, se entregó a Luis XIV, para que todo quedase en la familia del marido, y de Miguel Le Tellier, un insignificante caballero, cuyo único mérito fué tener un hijo, el marqués de Louvois, ministro universal en el gran reino de Francia.

Preguntaréis cómo diablos se las arregló el obispo de Meaux para pronunciar conmovedores sermones, glosando apologéticamente las vidas de señor tan insignificante y de señoras tanto, aunque tan mal, significadas. Y yo os responderé que por medio muy sencillo y de la manera que se arregla todo en este mundo: ¡a fuerza de talento y de habilidad!

Bossuet hablaba mejor que un gramófono y sabía más que un caramelo de menta. Hacer en sus predicaciones alardes de elocuencia y de sabiduría era para él cosa llana. Quedaba ya sólo por realizar la introducción de elogios en el texto. Y eso lo conseguía sin mayor esfuerzo que el de mentir un poquitillo.

Así, las oraciones elogiosas que dedicó al padre de Louvois, a la reina de Inglaterra y a la duquesa de Orleans son tan brillantes como las dedicadas al glorioso Luis de Borbón-Condé, a la desdichada María Teresa de Austria y a la redimida princesa de Cleves.

Por no remover los huesos de damas que sólo en el lecho mortuario permanecieron quietos, nada diré de los elogios que Bossuet colocó a la viuda de Carlos I y a su digna hija, pasando a examinar, en demostración de mi tesis, el pindárico colocado sobre el sepulcro de Miguel Le Tellier.

La mejor prueba de que este distinguido señor no hizo en su vida nada notable, está en

DESDE HACE 40 AÑOS la SAL DE FRUTA DE ENO

(ENO'S FRUIT SALT)



Ha gozado de la mayor popularidad y ayudado á millones á recuperar la **SALUD**, el **BUEN SEMBLANTE** y el **BIE-NESTAR**.

Es el mejor remedio contra el **ESTREÑIMIENTO**, el exceso bilioso, la **INDIGESTION**, los dolores de cabeza, la **IMPUREZA DE LA SANGRE** y el estado febril del organismo.

Tiene un gusto agradable y una acción dulce. Sin régimen especial, sin pérdida de tiempo, nada más que un vaso de **SAL DE FRUTA ENO**. Si se toma cada mañana pronto notareis una gran mejoría en el estado general. La nutrición se vuelve agradable y provechosa, el sueño es interrumpido y reparador y se recupera el buen semblante. Le gusta á los niños y pueden tomarlo cada día con seguridad.

**GUARDEN SIEMPRE UN FRASCO
EN LA CASA O VIAJANDO**

Preparado únicamente por J. C. ENO, Ltd., LONDRES

Desconfíese de las imitaciones. Nuestra marca de fábrica está registrada
VÉNDESE EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

que hasta ahora no habéis oído nunca su nombre. ¿Cierto?... Pues bien, Bossuet le presenta como ejemplo de buenos y formales ciudadanos.

Hace para ello el cuadro histórico de la época en que Le Tellier vivió. Agitaciones, revueltas, guerras, de todo hubo. Le Tellier no se metió en nada de eso. ¡Era la prudencia misma! Todos se disputaban honores y poderes. Le Tellier no luchó por lograr los bienes de la tierra. ¡Sólo ambicionaba los del cielo! Pacificado el reino, fué llegado el momento de laborar. Le Tellier no laboró; pero dijo a su hijo que laborase. ¡Las glorias del hijo pertenecen al padre! Y por ese camino sigue Bossuet tan tranquilo, hasta que se cansa de hablar.

Ahí está el éxito de las «Oraciones fúnebres» que me ocupan. Facilidad de palabra y acopio de erudición para adorno, y para cimient, muros y bóvedas suponer que hay donde no hubo y que habrá donde puede ser que no haya. Bossuet, con este sistema, hizo un elogio fúnebre de Miguel Le Tellier soberbio. La vida del insignificante señor fué la mejor preparación de otra vida eterna, que es así y asado. ¡Ya se puede hablar! ¡Venga de firme! En la otra vida, Le Tellier tendrá esto, lo otro, aquello, lo de más allá. ¿Quién apea de tan buena cabalgadura a un sacerdote elocuente y erudito?... Dominando el recurso puede triunfarse y el

obispo de Meaux triunfó en toda la línea. La colección de sus sermones funerarios forma parte de las obras maestras de la literatura universal. Pero conste que el triunfo de Bossuet no me parece triunfo pequeño, sino triunfo gigante. El elogio fúnebre, por ser antiquísimo y por haber sido muy cultivado, ofrece grandes obstáculos para poder sobresalir haciéndolo.

Sin contar que verter llanto falso es una de las cosas más difíciles para hechas por quien no sea un cocodrilo. Recuerdo que cuando, en los comienzos de mi carrera periodística, me encargaban «un fíambre»—noticia necrológica—lloraba de veras. ¡Lloraba de veras, viendo que no lo podía hacer! No es, no, inmerecida la fama que obtuvo Bossuet con sus «Oraciones fúnebres», elogiosas y apesadumbradas. Hay que considerar que las dedicó a gentes cuyas vidas no podían elogiarse y cuyas defunciones no causaban pesadumbre. ¡Tienen mucho mérito las «Oraciones fúnebres» de Bossuet!...

LUIS DE OTEYSA.

VERSOS

«Versos» se titula un pequeño volumen, recientemente editado, que ha llegado a nuestra mesa de redacción.



SALVEN LA VIDA DE LOS NIÑOS

El Método de Alimentación con el "Mellin"

EL atormentador aumento de la mortalidad infantil y la necesidad nacional de salvar toda vida nueva hacen que la cuestión del crecimiento de los niños resulte más seria que nunca.

Es ahora que el método de alimentación con el "Mellin" debe ser la tabla de salvación de todos los que tienen de criar a los niños con el biberón, pues dicho método hace útil y provechosa la leche fresca de vaca, é infinitas veces ha sido probado que la leche así es preferible á la leche esterilizada ó secada.

Al emplear el Alimento Mellin se conservan los elementos vitales que se hallan solamente en la leche fresca, pero la indole de la leche se modifica de tal modo, que el régimen Mellin responde exactamente á las necesidades de un recién nacido.

El Alimento Mellin

da á la leche fresca de vaca las propiedades de la leche humana.

H. W. ROBERTS y C^{ía}, 31, Esmeralda, en Buenos-Aires.

Desde hace más de un siglo Eau de Cologne Atkinson sigue siendo el perfume favorito de toda la Nobleza de Europa. Es porque en fineza y fragancia penetrante y sutil sobresale incomparable entre cualquier otra marca de Eau de Cologne que se encuentre en el mundo.

Exiga usted siempre la marca Atkinson, pues es garantía de calidad inmejorable.

Eau de Cologne
Atkinson.



Su autor, el señor Edgardo E. Auzón, hace con él sus primeras armas y en verdad, la iniciación es prometedora. Son versos llenos de optimismo, que revelan un espíritu cultivado y enamorado de la vida, la luz y la poesía. Aún en las composiciones inspiradas por motivos melancólicos, aquel optimismo surge del fondo del verso, lo que es síntoma ya de un alma de poeta.

El señor Edgardo E. Auzón demuestra con su libro, evidentes condiciones de cultor de la gaya ciencia. Posee el secreto del sentimiento y la técnica de la rima y bien merece, por su ambición nobilísima y justa, con el elogio un estímulo, que por nuestra parte lo damos sincera y calurosamente.

CRÓNICAS MARCHITAS

Arturo Ambrogio, escritor centroamericano de quien no es la primera vez que nos ocupamos y que tampoco es un desconocido, pues sus numerosos libros le han creado un prestigioso renombre en el mundo intelectual americano, acaba de publicar un nuevo libro «Crónicas marchitas».

En el presente número publicamos uno de los capítulos del reciente libro de Ambrogio, «Historia de mi primer artículo», crónica llena de vida, de emoción y de sinceridad.

LA HERENCIA DE WILDE

Entre los innumerables pequeños anuncios de la primera página de «The Times», donde siempre se suele encontrar algo que interesa, tropezó mi vista con los siguientes lacónicos renglones:

«Oscar Wilde.—Se desea saber el paradero del manuscrito, o de alguna de sus hojas, de «El pescador y su alma», por Oscar Wilde.—Box U. 901, «The Times».

¿Qué lector no deleitó su espíritu con las obras exquisitas de Oscar Wilde? «El pescador y su alma», una de las cuatro maravillosas narraciones que tan famosa hicieron «La casa de las granadas», se editó por vez primera en idioma inglés, en 1891, gracias a Osgood, McIlvaine y Compañía. Cuatro años después, Wilde era preso, los alguaciles se incautaban de su casa, en Tite Street, junto a los jardines de Chelsea, a orillas del Támesis, y en pública almoneda se vendía todo lo perteneciente al condenado poeta

¡Pobre poeta! Cuando su buen amigo Robert Ross llegó a la casa, con el honrado propósito de salvar los manuscritos de Wilde, inéditos muchos de ellos, los alguaciles aún no habían entrado. Pero los manuscritos, y entre ellos tres grandes obras en las que el poeta pusiera sus mayores ilusiones, ya no estaban allí. Y el ladrón nunca fue descubierto. Lo único que no pudo robar, aunque esto acaso pudo ser lo que al robo le impulsara, es la gloria inmarcesible del perverso poeta.

Sherard, el autor de la «Vida de Oscar Wilde», nos ha contado que un editor irlandés visitó la casa Tite Street durante la pública almoneda, y que en una habitación del piso alto vió agentes que, muy ajetados, revolvían papeles, cartas, autógrafos de Wilde, desparramado todo ello por el suelo... Sherard, que fué una de las primeras personas que entraron en la casa, en cuanto ésta se abrió al público, asombróse de encontrar ya gente dentro, y aún se hizo mayor su sorpresa al observar que la cerradura de aquella habitación había sido for-

zada. Pero ni Sherard ni Ross pudieron saber nunca a dónde fuera lo robado.

El caso fué que, a los dos años de efectuada la almoneda, se encontró en el propio Londres, en una librería de obras usadas, uno de los manuscritos, incompleto.

Ahora, el anuncio publicado en «The Times» nos ha puesto sobre la pista del original autógrafo de «El pescador y su alma». Y fácilmente hemos podido averiguar que el anunciante lo es un muy conocido editor londinense. Interrogado, nos dice que hace ya muchos años, él compró diversos manuscritos de célebres autores, y entre ellos el de «El pescador y su alma», de Oscar Wilde. Este último autógrafo lo guardó tan ocultamente, para que no se le extraviase... que, según nos asegura, hasta olvidó dónde lo puso. Pasaron los años, no pocos, y ahora se halló de nuevo con el manuscrito: lo tenía escondido en un cajón, entre unas misteriosas botellas medicinales. Al hojear el manuscrito se ha encontrado conque le faltan algunas páginas, y de aquí el anuncio que insertó en «The Times».

La historia de este manuscrito, que ni siquiera estaba inédito, y que a su actual poseedor sólo le hubo de costar un par de libras esterlinas, no constituye realmente algo extraordinario, ni siquiera interesante. Lo extraordinario, lo interesante, lo muy justo, es la revelada admiración a Wilde en la patria misma donde tanto y con tanta dureza se le persiguió. Aunque Wilde, perseguido, encarcelado, maldito, siempre se mantuvo muy por encima de su propia persona.

Hubo dos Wilde: el hombre y el poeta. Y pudo ser despreciado el hombre. Pero al poeta, ¿quién osará despreciarle? Las obras del poeta: saboreadas algún tiempo a escondidas, como un pecado, son, no obstante, un legítimo orgullo de Inglaterra.

Esos mismos ladrones de sus obras inéditas, que quién sabe si algún día se nos restituyan, acaso no sean más que unos apasionados del alma de ese perverso. Un perverso glorioso que, quizá, de no haber sido como fué, nunca hubiera escrito como supo escribir. Fué un pecador autor de páginas impecables.

Su sentido moral pudo no ser el nuestro, y así se justificaba la repulsión al hombre. Pero si no hubiera existido ese hombre, ¿habría existido el poeta? Perdonemos al hombre por el poeta.

Y no nos olvidemos nunca de que los poetas son hombres.

MIGUEL DE ZÁRRAGA.



Esa Cubierta Opaca y Manchada

puede ser renovada por Ud. mismo—de la manera más sencilla y evitando el costo de nuevo barniz. **Solamente necesita Limpiador y Cera Preparada de Johnson.**

Cera Preparada De
JOHNSON

quita todas las manchas de aceite, alquitrán y grasa que pueda haber en la caja, capota o guardalodos. Aún esas manchas y rallas que han penetrado en la superficie y que se creían permanentes, desaparecerán de una manera sorprendente con el LIMPIADOR DE JOHNSON.

El Limpiador de Johnson no contiene arena ni ácido—no puede rallar ni dañar la superficie más delicada.

Cuando los pisos, obra de madera o muebles se hallan muy manchados, no se puede usar nada mejor que el **Limpiador de Johnson**. Limpiará toda aquello que otros limpiadores ni siquiera tocan. Muy recomendable para las manchas de tinta. Insuperable para limpiar esmalte blanco: camas, etc.

Llene Ud. El Cupón y se Convencerá

Limpiador De
JOHNSON

es el pulimento que debe Ud. usar en su automóvil. Conserva el barniz y lo protege contra el tiempo, haciéndolo más duradero. Evita las listas—corta el agua—y hace que el lavado dure mucho más. Proporciona un pulido tan duro y seco que

No Puede Recoger El Polvo.

Toda familia tiene infinidad de usos para la **Cera Preparada de Johnson**. Es tan indispensable como el jabón. Téngala Ud. siempre a la mano para pulir su

Piano **Muebles**
Linóleo **Obra de Madera**
Pisos **Objetos de cuero**

S. C. JOHNSON & SON,
c/o Harris Brothers Co., Habana
Incluyo 10c. cy. para que me remitan una muestra de
Limpiador y Cera Preparada de Johnson.

Nombre.....

Dirección.....

EL DOBLE RESORTE DE FRANCIA

En Francia se habla mucho, muchísimo, de sus aliados. Es seguro que ninguno de los grandes pueblos beligerantes (como no sea Austria-Hungría, respecto de Alemania) se preocupa tanto de sus colaboradores y amigos como Francia de los suyos. Este fenómeno de obsesión popular se explica por una razón decisiva: al declararse la guerra actual, Francia comprendió en seguida que sus solas fuerzas no bastaban para alcanzar la victoria. La aplastante superioridad numérica de Alemania, su espíritu belicoso, su disciplina férrea y su incomparable preparación militar, aparecieron al pueblo francés, desde el primer momento, como otros tantos obstáculos fatales, irreductibles. El sábado, día 1º de agosto de 1914, cuando se pegaron en los muros de París, los pasquines oficiales ordenando la movilización de todas las fuerzas de mar y tierra, yo salía por la noche, después de la cena a recorrer la ciudad. La característica del espíritu público en aquellas horas inolvidables:

única, saltaba a los ojos. La gente no se molestaba ni entusiasmada ni aterrada, como suele acontecer en los instantes supremos, sino tan sólo profundamente preocupada. ¿De qué provenía esa preocupación? En mi carnet de bolsillo escribí, aquella noche, las siguientes palabras: «Francia siente que el éxito de la lucha que se avecina no puede depender en exclusivo de ella sola. Francia hará todo lo que pueda, pero no podrá hacerlo todo, y deberá contar con la colaboración ajena. ¿Hasta qué punto podrá disponer de tal colaboración? Esta incertidumbre es la causa de la preocupación general que se advierte».

Comenzó la guerra. Toda Francia estuvo algunos días pendiente de lo que pasaba al exterior de sus fronteras, de la actitud que adoptarían las grandes naciones vecinas. ¿Qué va a ser Inglaterra? ¿Qué decidirá Italia? Cuando ésta proclamó que permanecería neutral, y cuando, a raíz de la invasión de Bélgica, Inglaterra declaró la guerra a Alemania, un alivio inefable dilató el corazón atribulado de Francia. No es que se resolviera el porvenir, pero entre las nebulras que lo escondían se filtraba, al menos, un tenue fulgor de esperanza. Sin embargo, las horas eran graves, urgentes; las tropas imperiales barriaban y assolaban el territorio belga; Italia se mantenía neutral, pero esta medida no significaba un apoyo directo sino que conjuraba tan sólo una amenaza; la colaboración de Inglaterra debía limitarse, de momento, a su protección marítima, pero no representaba ni podría representar en mucho tiempo un auxilio inmediato,

continental. Era, pues, necesario buscarlo en otra parte. Entonces brotó entre el pueblo, su confianza ilimitada, fabulosa, en los rusos. Salieron a relucir los tópicos y espejismos que se aplican comúnmente al ejército moscovita: su enormidad numérica, su frugalidad, su fanatismo ciego, los cosacos, su rapidez y bravura legendarias. Antes de que los soldados alemanes traspasaran la frontera francesa,—se aseguraba en París,—los cosacos estarán ya en Berlín. Desconfiando de sus propias fuerzas, el pueblo seguía esperando su salvación del exterior, de sus colaboradores y aliados. Cuando pasaban en vano los días, la gente se irritaba, se consumía de impaciencia. Recuerdo que, a mediados de agosto de 1914, una dama francesa apostrofaba en mi presencia a una joven rusa, amiga nuestra, diciéndole: «Pero ¿qué hacen ustedes? ¿Qué aguardan para aplastar a Alemania?»

Pocos días más tarde,—mientras el ejército aliado emprendía su famoso retroceso hasta el Marne, después de la derrota de Charleroi, y cuando las huestes imperiales comenzaban ya a desbordar por el norte de Francia—los periódicos de París seguían aún entreteniéndose las ilusiones populares con la esperanza del auxilio ruso. El día 24 de agosto, la prensa de la capital anunciaba la entrada de las tropas moscovitas en Prusia con títulos descomunales, a seis columnas: «La victoria de los rusos ha sido decisiva». Y debajo, en letras un poco menores: «El ejército aliado camino de Berlín». El sensacional telegrama estaba fechado en Roma y procedía de la embajada rusa. En él se declaraba que la batalla de Gumbinnen había sido aplastante. «Después de esta batalla rusa,—decía el telegrama,—es imposible todo acto de resistencia por parte del ejército alemán». «El plan del estado mayor ruso,—añadía luego,—es de marchar inmediatamente sobre Berlín». Y al anoecer del mismo día 24 salía una edición extraordinaria de «Le Matin», anunciando: «Los cosacos se encuentran a cinco etapas de Berlín». La noticia iba acompañada de un gráfico en el cual se veía la Prusia invadida totalmente por luengas saetas que, partiendo de la frontera rusa, llegaban a tocar con su punta acerada Posen, Dantzig y Königsberg. Una de ellas, rauda y atrevida, se adelantaba hasta las puertas de Berlín. Era la saeta indicadora de la marcha imponente de los cosacos.

Así ocurrió que la población parisense no se dio cuenta del peligro

hasta que se le vino encima. A últimos de agosto, todavía las gentes andaban soñando en los cosacos y sus maravillosas hazañas por la Alemania oriental y central.

Y luego, en cuatro días, la realidad inmediata, apremiante, se reveló por entero. Comenzaron a llegar las bandadas de fugitivos que huían del norte; supose, abultada por los falsos rumores, la derrota de Charleroi; vino la inesperada salida del gobierno, que se trasladaba a Burdeos: todo pareció hundirse y descomponerse, y la población de París,—que la víspera comentaba la inminente llegada a Berlín de los rusos,—tuvo que ponerse en salvo, a toda prisa, porque el enemigo estaba empujando las puertas mismas de la capital.

Pero vino la batalla del Marne, el hecho culminante (hasta ahora) de la guerra europea. Nadie supo cómo había sido; pero la verdad fue que Francia se durmió, una noche, creyendo que estaba perdida, y al día siguiente se despertó salvada. Entonces el pueblo se dijo: «¿Y los rusos? ¿estarán ya en Berlín?». No; los rusos sufrían, a poco, una tremenda derrota. Hindenburg había abatido, con un manotazo brutal, la vehemencia demasiado aligera de los cosacos. Pues, entonces, ¿qué significaba la batalla del Marne? He aquí la inapreciable enseñanza del estupendo combate. El pueblo francés se dio cuenta perfecta de que había sido él, él solo, quien acababa de obtener la victoria. El alma vigorosa de este pueblo recobró la confianza en sí misma. Aunque la batalla del Marne no hubiera tenido otras incalculables consecuencias, ésta sola bastaría para immortalizarla. Hasta la batalla del Marne, puede afirmarse sin ningún temor que el pueblo francés desconfiaba casi en absoluto de sus propias fuerzas; y hay que añadir que tenía sobrados motivos para ello. Mas después del glorioso combate, la desconfianza inicial se trocó en legítimo orgullo, en esperanza, en voluntad de vencer definitivamente, puesto que, en parte, estaba ya logrado. La batalla del Marne cerró la puerta a la fatalidad y abrió una brecha triunfal a todas las posibilidades que antes hubieran parecido absurdas.

Sin embargo, una vez pasado el primer encanto de la resurrección y emprendido el penoso camino del restablecimiento, Francia debió preocuparse otra vez de sus colaboradores. Desde entonces acá, a medida que transcurren los días y que Francia se muestra más digna y heroica,—en Champagne, en Verdún, en el Soma,—la preocupación aumenta. Este es un fenómeno esencial, típico, indispensable, que no deberán nunca olvidar quienes en el tiempo futuro traten de representarse el estado íntimo por excelencia del espíritu francés, durante la guerra europea. La batalla del Marne representó algo muy importante, algo como un seguro de vida, mas no una curación total. Antes de ella, el pueblo de Francia lo esperaba todo de sus aliados. Después del combate que le devolvió su indomable vigor, Francia lo espera todo con ellos. Entre esos dos estados de espíritu hay una diferencia considerable. El segundo es mucho más noble, viril y glorioso. No obstante, ambos reposan fundamentalmente en una sola y misma realidad constante: la conciencia íntima, clara, axiomática, que Francia tiene y ha tenido desde el primer momento de que sus solas fuerzas no bastan para alcanzar la victoria final. Para lograrla, lo mismo antes que después de la batalla del Marne, Francia necesita de la colaboración ajena. ¿Hasta qué punto podrá disponer de ella? La incertidumbre que se revelaba en todos los rostros el sábado, día 1º de agosto de 1914, puede decirse que ha ido flotando después, continua-

MORNY FRÈRES
AGUA DE COLOGNE
MORNY — LONDRES

El Agua de Cologne Morny es destilada exclusivamente de productos de flores naturales, por lo tanto su fragancia vivificante nunca disminuye ni aún después de una exposición prolongada en una atmósfera corrompida.

El Agua de Cologne Morny es el agua de tocador ideal para el cuarto de un enfermo; sirve como agregado refrescante al agua de lavarse y se considera indispensable en los viajes; es uno de los pocos perfumes que un hombre puede permitirse usar.

Se expende en frascos altos y rectangulares de 125, 250, 500 y 1000 gramos.

MORNY

REPRESENTANTES EN BUENOS AIRES:

Sucesión Diego Gibson, Defensa 192

mente, con vivacidad o con sordina, en el fondo de la conciencia francesa. Este es el hecho íntimo, que no debe olvidarse jamás.

Se trata de un fenómeno tan esencial que, cuando se tiene en cuenta, y mediante él, es posible arrojar una luz decisiva sobre ciertas singularidades capitales de la guerra. En primer lugar, esa inquietud del alma francesa nos explica la sed legítima e insaciable de «proselitismo» que ha venido revelando desde el principio de la guerra. Es de Francia de donde ha brotado la concepción radical de que la guerra europea es una lucha a muerte entre «la barbarie y la civilización», entre el pasado vergonzoso de la humanidad y todos sus anhelos de mejoramiento futuro. Esta manera de apreciar el conflicto se reveló desde el primer momento, corriendo parejas con la incertidumbre que agobiaba las almas. En mi carnet de recuerdos, hallo inscritas, bajo la fecha del 4 de agosto de 1914, las siguientes palabras: «Hay (entre el pueblo de París) un punto de coincidencia general: los alemanes son unos bárbaros, casi salvajes, cuya destrucción se impone a la humanidad». Y luego, añadía: «Es curioso observar que esta operación de saneamiento no se encomienda por modo exclusivo a Francia y sus aliados, sino que se procura hacer solidarias de ella a todas las naciones del globo». Dos días más tarde, el 6 de agosto, — con motivo de las palabras pronunciadas por M. Jonhauz, secretario de la Confederación General del Trabajo, durante las exequias de Jaurés, — anotaba: «Los directores de la opinión pública, en Francia, han insistido tenazmente estos días en inculcar al pueblo esa manera característica de enfocar el conflicto europeo. La lucha que va a empezar, se ha dicho, traerá como consecuencia el triunfo

definitivo de uno de los dos grupos contendientes. El vencedor dominará los destinos de Europa durante largos años. Con la victoria de la «entente», imperará la orientación pacifista en el sentido armónico de respetar las nacionalidades vivientes y todos sus derechos adquiridos, desterrando poco a poco, hasta llegar a aniquilarlo, el régimen armado. Pero si, por el contrario, triunfara Alemania, Europa se vería dominada, oprimida por el puro espíritu de raza, fanático y devastador, y la evolución social, tal como aparece orientada en nuestros días, sufriría un retraso considerable, por no decir una desviación definitiva. De esta suerte, se ha hecho solidarias a todas las naciones que pretenden ser «modernas» de la acción que Francia viene obligada a sostener contra el espíritu medieval.»

A través del tiempo, esta concepción genuinamente francesa ha aumentado todavía de intensidad. En Inglaterra, en Rusia, en Italia, la opinión pública acerca de la guerra presenta muchos matices, es más difusa, más práctica, menos idealista y cerrada. En esas naciones hay grandes núcleos de enemigos acérrimos de la guerra, y hasta de partidarios de Alemania. En Francia no: la unidad del sentimiento popular es absoluta y reviste la más irreducible intransigencia. ¿De dónde proviene tal singularidad? En primer lugar, sin duda alguna, radica en una creencia y en un instinto particular de la raza. El pueblo de Francia está convencido de que la guerra es una lucha entre «el bien y el mal», considerados en una acepción absoluta, casi metafísica; y al mismo tiempo, — en virtud de las tendencias generales y sentimentales que son de su patrimonio desde los días de la revolución, — ese pueblo cree que su

triunfo o su derrota implicarán la gloria o le abatimiento de la humanidad entera. Francia cree firmemente que no lucha por sí sola, sino por todo el mundo. Y como consecuencia lógica de esta convicción, ninguno de los pueblos beligerantes aborrece tan sinceramente como Francia la neutralidad; porque, en efecto, desde el momento en que se acepta o siente esa manera de juzgar la guerra, la neutralidad no es tan sólo un absurdo, una actitud innoble, sino también un crimen. Pero, ¿no hay algo más en la posición característica de Francia? Sí, indudablemente: hay que, al lado de ese sentimiento sincero, Francia tiene la conciencia íntima, apremiante, sincera también, de que su gloria es mucho mayor que la eficacia práctica de su esfuerzo, y de que éste necesita en absoluto ser apoyado por otros esfuerzos colaterales para que, en definitiva, no resulte vano.

La necesidad de robustecer sus fuerzas con el auxilio ajeno, acompañando al entusiasmo patriótico; el sentimiento de su limitación, unido a su anhelo de vida, son el doble e inconfundible resorte de la Francia actual, el nervio que la ha convertido en «cohesionadora» indispensable de la «entente». Quitad a Francia de la coalición, y ésta se desmoronará en seguida. ¿Cómo podrían entenderse, ellas solas, Italia, Rusia e Inglaterra? Parece mentira que Alemania y sus aliadas no se hayan dado cuenta todavía, después de dos años de guerra, de esta verdad moral. Si en vez de arrojar, en 1915, sobre el territorio ilimitado de Rusia, los imperios centrales se hubieran contentado de guardar sus fronteras, al este, para lanzar todo su empuje contra Francia, es muy probable que la habrían asestado un golpe mortal. Entre el Marne y Verdún, Alemania cometió el grave error de dar a Francia el tiempo necesario para fortalecerse y para despertar, azuzándoles continuamente, a sus colaboradores. Entre el Marne y Verdún, Francia reorganizó su ejército, procuróse artillería, fabricó municiones; importó (si a esto puede llamarse importunar) a Inglaterra; decidió la entrada de Italia en la guerra; impidió el abandono de Salónica y paralizó los secretos propósitos del rey de Grecia, apoyando a Venizelos; preparó la colaboración de Rumania; fué el porta estandarte y el alma de lo que se ha llamado «el frente único y la unanimidad de acción»; hostigó a todos sus aliados, amparó a todos sus amigos caídos (Bélgica, Serbia, Montenegro); encargóse de restablecer el ejército ruso, y explotó en todo el mundo sus inmensas e incomparables simpatías. Cuando los alemanes se decidieron, por fin, a asestarle el golpe necesario, en Verdún, era ya demasiado tarde. Los ingleses tenían un ejército capaz de aliviar considerablemente a Francia. Las embestidas imperiales se estrellaron contra los muros de la fortaleza inmortal. Luego vino la ofensiva del Soma. Después vendrá Dios sabe qué...

Pero siempre, mientras no consigan domarla, los alemanes han encontrado y encontrarán en Francia su más temible enemigo, no porque ella sea muy fuerte, sino precisamente porque no lo es mucho; porque su misma debilidad le infunde un vigor inaudito para reunir y desarrollar las fuerzas de sus colaboradores; porque, aún el día en que Francia no tuviera ya ni un soldado, sería ella todavía el alma indispensable de la «entente»; porque el querer algo de todo corazón, a ciegas, y el no poder lograrlo por sí mismo, es lo que infunde, tanto a los hombres como a los pueblos, un ardor febril y comunicativo, el entusiasmo que arrebató a los extraños, la astucia que urde los intereses, la audacia que no teme nada, y la fuerza suprema que sucumbe o vence.

GAZIEL.

París, noviembre de 1916.

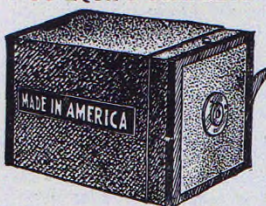
QUILMES

ES

LA MEJOR

CERVEZA

MAQUINA FOTOGRAFICA Y SU EQUIPO COMPLETO



50 CENTAVOS
ORO AMERICANO

Se toman los retratos y se completan en dos minutos. No es necesario el cuarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la máquina completa con placas reveladoras, y con instrucciones, de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no se necesitan conocimientos de fotografía. La cámara y su equipo, listo para su uso, la enviamos por paquete postal franqueado al recibo de 50 cts. americano en dinero o sellos de correo, sin usar.

EASTERN CAMERA CO., 1162 Broadway, Dep. 228 - Nueva York, E. U. A.

DIXMUDE

Entre todas las epopeyas de esta guerra que a nosotros, viéndola de cerca, se nos antoja lenta, monótona y aburrida, pero que en realidad, es un amontonamiento titánico de ilidades, la que más claramente aparece en un esplendor legendario es, sin duda, la defensa de Dixmude. Mientras la batalla del Marne, por ejemplo, no ha inspirado aún sino historias fragmentarias y trabajos técnicos, la hazaña de los fusileros marinos tiene ya su poema, su crónica y hasta su galería de cuadros. Hay que leer el libro de Charles Legoffic, para reconciliarnos, desde el punto de vista poético, con nuestra formidable tragedia. Hay que ver las aguas fuertes y las acuarelas de Victor Gilsael para comprender la

que alguna hazaña embelleciera la lucha.

—Hay que pasar, aunque sea necesario rellenar de cadáveres el río—decía el emperador alemán.

Y el río se llenaba de cadáveres; y la ciudad santa se convertía en collado de escombros humeantes; y la tierra temblaba sacudida por la tempestad de la metralla; y el cielo se iluminaba de relámpagos siniestros...

Y el enemigo no pasaba... El enemigo no logró nunca pasar. En la línea general de la «course a la mer» esta batalla no fué sino un episodio. Pero con un episodio como este basta para embellecer, para santificar a un pueblo. No hay epopeya, en efecto, comparable a la que se desarrolló en las márgenes del Yser, a fines de 1914.—E. GÓMEZ CARRILLO.

belleza de su escenario.

Durante meses enteros, un puñado de héroes rubios, venidos de las costas armorianas, defendían palmo a palmo contra el alud de la invasión germánica, estos puentes seculares, estas nobles casas consistoriales, estos viejos templos poblados de madonas milagrosas. Y durante meses enteros no transcurrió un sólo día sin

LA NUBE

Tendido sobre la hierba, con la cabeza vuelta hacia el cielo, en pereza deliciosa, no dormía aun, pero soñaba con los ojos medio cerrados.

Fumaba, y lo que consumía mi pipa, no era ni tabaco de Francia ni tabaco de Oriente.

No, lo que yo había puesto en ella eran mis recuerdos y mis esperanzas, los besos de ayer, y los besos de mañana, todos mis ensueños, aquellos que no se realizaron, y aquellos que quizás se realizarán: toda mi alma, en fin, llena de quimeras...

Y salía de la pipa un humo que subía, que se elevaba, se esparcía, se evaporaba y se convertía en nada...

Yo me decía: «¡He aquí, pues, en lo que vienen a parar mis sueños!»

Después, melancólicamente, descorazonado, me dormí.

Cuando volví a abrir los párpados, el cielo radiante por el glorioso mediodía, brillaba triunfalmente. Las nubes en el claro azul se elevaban rojizas y doradas. Una de ellas, menos magnífica, más suave, un poco sonrosada, un poco pálida, y muy ligera, atrajo sobre todas, mi mirada.

Ella subía despacio, pero resuelta. Yo la seguí con los ojos y con el pensamiento en su ascensión hacia las glorias paradisiacas del sol. Y yo la amaba, la amaba, porque comprendía, sabía que esa nubecita estaba formada por el humo de mi pipa en donde yo había puesto mis recuerdos y mis esperanzas, mis sueños y mi alma toda.

CATULLE MENDES.

CHISTES

Entre niños:

—Cuando mi papá trabaja, todo el mundo se queda con la boca abierta.

—¿Y de que trabaja?, porque es la primera vez que oigo decir esto.

—Pues, mira, trabaja de dentista.

—Clarita, las niñas bien educadas no se chupan nunca el pulgar.

—¿Qué dedo entonces?

Entre amigos:

—Estás hablando como un borrico, Alfredo.

—Lo hago para que puedas entenderme.

Un condenado a muerte recibe un lunes la noticia de que le ha sido denegado el indulto.

El condenado, con amargura:

—¡Pues señor, empieza bien la semana!

¡Advertencia!

Muchas de las salsas de calidad inferior que se venden ahora en Sud América son imitaciones espurias de la

SALSA

LEA & PERRINS



Para asegurarse de obtener la única verdadera SALSA «WORCESTERSHIRE» DE ORICEN búsquese primero que la firma de LEA & PERRINS aparezca en blanco diagonalmente sobre la etiqueta en todas las botellas.



Proveedores patentados de S. M. el Rey de España

Da un picante muy agradable y un olor estimulante, á la CARNE, PESCADO, SOPA, AVES DE CAZA, QUESO, ENSALADAS, etc.

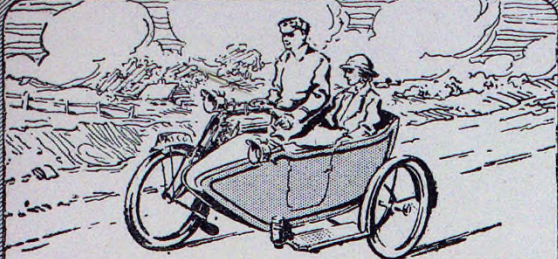


Ensena los huesos de sus dedos, el plomo de un lapiz, etc. etc. Puede Ud. ver a través del vestido, aun la piel se vuelve transparente y se ven los huesos. El instrumento mas interesante que se ha inventado. PIENSE EN EL PLACER QUE TENDRA TENIENDOLO. Completos Rayos X enviados franco de porte por paquete postal 25 cts., 3 por 50 cts. (monedo o sellos). Use el cupón de abajo y le enviaremos nuestro completo Catalogo de Novedades.

NOMBRE

DIRECCIÓN

X-RAY CO. 177 E. 93 St. Dep. 418
Nueva York, E. U. A.



SUPREMACIA DE SEGURIDAD
ES EXCLUSIVAMENTE POSEIDA POR LA ARIEL

Sin rival en excelencia de construcción y en eficiencia en el servicio en la carretera, no existe competidor en la seguridad de la Ariel - ni retardador que dispute su supremacía de seguridad. Léase esto:—

La Ariel es la única motocicleta que ha obtenido en una temporada ambos premios en las Pruebas de Seis Días Inglesas y Escocesas, y el primer Premio en la Prueba Irlandesa de Extremo-a-Extremo. Si Vd. insiste en que su motocicleta para después de la guerra ha de ser una máquina que posea todas las cualidades —veloz, poderosa, económica y permanentemente segura— usted tendrá que ser propietario de una Ariel.

Las bicicletas Ariel dan igualmente tan buenos resultados: los han estado dando por más de 40 años.

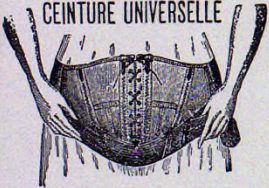
Enviamos franco de portes nuestra nueva lista artística de 32 páginas
ARIEL WORKS, Ltd., 38, Bournbrook, Birmingham, Inglaterra

Ariel

TALLER DE FOTOGRABADOS
 DE
La Ilustración Sud-Americana

CLICHES EN ZINC Y COBRE, AUTOTIPIA Y PLUMA

Sarmiento 657 Buenos Aires



CEINTURE UNIVERSELLE

INSTITUTO ORTOPEDICO

Medias elásticas - Corsets elásticos
 Fajas para la obesidad y
 para todas las afecciones abdominales,
 renales, etc.

Las señoras y niñas son atendidas por
 personas del mismo sexo

LAVALLE 729

CHOCOLATE
 CON
LECHE

AGUILA

EL
 PREFERIDO
 DE LOS NIÑOS



CHOCOLAT
 FONDANT

FRIANDISE

EL
 GRAN BOMBON
 DE MODA

Magnesia Calcinada de Henry.

Para Carilalgia, Dolores de Cabeza, Gota, Bilia, Acidez del Estomago, tomese la

Libre de todo GUSTO, OLOR ó ASPEREZA al PALADAR

Magnesia Calcinada de Henry.

Magnesia Calcinada de Henry.

ADULTOS.—Un aperitivo seguro para las constituciones mas delicadas.
 CRIATURAS.—Puede administrarse á criaturas de la más tierna edad. La adición de una pequeña cantidad de Magnesia previene á que la leche se vuelva ágrica en el estómago.

CASA ESTABLECIDA EN 1772

Precio: 2.25 Dollars m/n el Frasco.

se prepara con cuidado escrupuloso y la mayor PUREZA QUÍMICA.

UNICOS FABRICANTES
THOMAS & WILLIAM HENRY
 11, East Street, MANCHESTER.

Cada botella está provista con un Sello, llevando nuestro nombre, lo que constituye una garantía de su Puresa.

Magnesia Calcinada de Henry
 puede obtenerse de los principales Droguistas del Reino Unido y del Extranjero.

RESERVADO
 PAPA LA
COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
CORRIENTES 651 BUENOS AIRES
 AMBOS TELÉFONOS

